

CHA' BRIL

¡LLEGAN LOS MARCIANOS!

H. S. THELS

COLECCION

ESPACIO

LLEGAN LOS MARCIANOS

Por

H. S. THELS

EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

© Ediciones Toray, S.A. 1956

Reservados todos los derechos

para la presente edición

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRAFICAS TRICOLOR - Eduardo Tubau, I2 Barcelona

ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1 El átomo juega su baza

2 El cerebro

3 La invasión de loe hielos

4 Terror en el IV Planeta

5 La rebelión de los átomos

6 Dueños del mundo

7 Pánico

8 Dimensión "X"

9 Planetoide 2.012

10 “Ellos”

11 El negro espacio silencioso

12 Motín electrónico

13 Tesoro cósmico

14 Rebeldes de la Galaxia

15 Tiempo dos

16 Objetivo: Tierra

17 Los hombres arañas de Titán

18 El enigma de los siglos

19 El hombre de la doble dimensión

20 Después del diluvio

21 La vuelta de Gulliver

22 La incógnita de Marte

23 Estampida al satélite

24 Las máquinas locas

25 Viajes prohibidos

26 La amenaza negra

27 Elía, reina de Júpiter

28 Las minas del cielo

29 F.B.I. contra Marte

30 El camino sin fin

31 ¡S.O.S., Plutón!

32 Retorno al Paraíso

33 Desgravitación

34 Los fito-venusianos

35 El viajero de Saturno

36 Una lápida en la Lema

37 El planeta desconocido

38 No hay marcianos

39 Macro-Humano de Júpiter

40 ¡Llegan los marcianos!



PRÓLOGO

Levantó Tony la cabeza hacia el cielo y Ally le imitó.

Iban cogidos de la mano y ya no estaban muy lejos del rancho donde vivía la muchacha.

—¿Te has fijado en lo hermoso que está el cielo? —inquirió ella, profunda y sinceramente emocionada.

—Es muy bonito —repuso el joven bajando la cabeza—, pero no puede compararse a ti…

—¡No seas estúpido! —exclamó Ally, íntimamente halagada por las palabras que acababa de escuchar—, No te estaba preguntando comparaciones tontas. Deseaba llamar tu atención sobre un espectáculo que nunca cansa contemplar.

—Me gusta que seas romántica, pero no tanto. Debes saber que, basta hace unos años, el cielo era como tú lo concibes ahora: un espectáculo maravilloso y que jamás fatiga ver; pero, desde hace ya mucho tiempo, los hombres lo miramos con cierto temor y hasta con miedo, aunque no deseemos decir la verdad, ni descubrir la realidad de lo que sentimos.

—¿A qué te refieres. Tony? —preguntó ella, aferrándose con más fuerza a él, como si sus palabras le hubiesen hecho perder la facultad de gozar de la maravilla estelar.

—Ya puedes imaginártelo. No hay nadie en el mundo que no haya oído hablar de los platillos volantes.

—¿Pero tú crees en eso, Tony?

—¿Por qué no?

—¡Son habladurías! Mucha gente ha afirmado que los había visto, pero nadie es capaz de demostrarlo.

—¿Crees entonces que la gente ha sufrido una especie de alucinación?

—Nada de eso. Lo más cierto será que hayan visto nuevos aparatos, inventados por los hombres, y que haya sido su imaginación lo que les ha hecho creer en los célebres “platillos volantes”.

Tony guardó silencio durante unos minutos.

—No estoy conforme contigo —dijo al fin—. Date cuenta, Ally, que nosotros ya hemos empezado a preparar los viajes interplanetarios. ¿Por qué no lo harán, de la misma forma, los habitantes de otros planetas? Las edades de nuestras civilizaciones respectivas deben ser, aproximadamente, las mismas,

—No te entiendo muy bien.

—Está muy claro. Si el hombre apareció en la Tierra hace aproximadamente un millón de años, es casi probable que haya ocurrido lo mismo en otros sitios. Eso quiere decir que las civilizaciones de Venus, Marte o donde sea que haya criaturas semejantes a nosotros, estarán, aproximadamente, tan adelantados como nosotros, un poco más o menos.

—¿Tú crees que lo están menos o más?

—No puedo decírtelo con exactitud, es natural. Pero, de lo que estoy casi seguro es que en muchos planetas miran al cielo como yo lo hago ahora, con el miedo de ver llegar las astronaves de una invasión procedente del Espacio.

—¡Creo que lees demasiadas novelas de esas!

—Las novelas de anticipación no hacen más que imaginar lo que pasará un día, querida, pueden influir un poco en los hombres, pero es la ciencia la que está cada vez más segura de que la posibilidad de vida en otros mundos es más que probable...

—¡Afortunadamente, nosotros habremos muerto antes de que todas esas cosas horribles, de las que estás hablando, ocurran.

—Eso es una tontería, Ally. Nadie sabe el momento que elegirán para venir a la Tierra, como ellos también ignoran el día que nosotros iremos a sus planetas. Igual puede ser hoy que...

—.¡Fíjate qué cometa tan bonito, Tony!

El joven miró al cielo viendo, efectivamente, un punto brillante que avanzaba raudamente por el espacio.

—No es un cometa —dijo.

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Que no es un cometa?... ¿Entonces?

Tony, que sintió que la voz de su prometida vibraba de miedo, sonrió.

—No te preocupes, pequeña...

Pero su atención estaba fija en el cuerpo luminoso que, en contra dé todas las leyes posibles, había llegado hasta el horizonte y volvía ahora, tan rápidamente como había ido.

—¡Mira, Tony, vuelve!

—Debe ser un avión de reacción que vuela muy alto —dijo para tranquilizarla.

Se daba cuenta de que estaba mintiendo y la joven tampoco le creyó.

—¿Un avión de reacción a toda velocidad? ¿Es que me tomas por tonta?

No dijo nada y siguió observando.

El punto brillante, que había aumentado considerablemente de tamaño, describía amplios círculos, cuyo centro les parecía ser ellos.

—¡Vamos corriendo a casa, Tony!... ¡Tengo miedo!

Él intentó tranquilizarla.

—¡No seas boba, mujer! Veo que sin necesidad de que leas novelas, eres mucho más impresionable que yo...

Nada dijo Ally, permaneciendo al lado de él, pero sin atreverse a seguir las evoluciones del misterioso punto luminoso.

Al cabo de un rato sintió ella que la presión de la mano del joven aumentaba bruscamente sobre la suya.

—¿Qué ocurre, Tony? —inquirió sin levantar la mirada del suelo.

Esperó unos segundos, inútilmente, la respuesta del muchacho.

—¡Vámonos, Tony! —insistió suplicante.

Pero la inesperada respuesta llegó hasta ella.

—No podemos hacerlo ya, querida.

Impelida por la sorpresa que provocaron en ella aquellas palabras y venciendo el temor, levantó la cabeza, miró primeramente a Tony, siguiendo después la dirección de su mirada.

Un grito de horror salió de sus labios.

¡EL PUNTO BRILLANTE, QUE AHORA ERA YA UNA ESFERA DE GRAN TAMAÑO, SE ESTABA POSANDO ENTRE ELLOS Y LA FINCA DE SUS PADRES!

El joven se sobresaltó al oír el inesperado grito de ella.

—¡Calla, por favor!

Esperó Ally unos instantes, sobrecogida por un terror creciente, antes de preguntar:

—¿Qué vamos a hacer, Tony?

Tras ellos no había, en muchas millas, más que bosque y montaña. Por otro lado, Tony no estaba dispuesto a dejar a su futuro padre político en una situación semejante.

El viejo Horney vivía solo, con su hija y una vieja criada, sorda y medio ciega, estando, pues, completamente indefenso ante cualquier peligro, por pequeño que fuese.

Tony había venido invitado a aquel rancho alejado de todo núcleo de población, donde el padre de Ally solía pasar casi todo el verano. Hombre de negocios, encerrado en su despacho de Chicago la casi totalidad del año, se sentía atraído por aquel ambiente tranquilo y repleto de paz, donde recuperaba las energías, incorporándose al trabajo con un ímpetu verdaderamente juvenil.

El joven contemplaba detalladamente aquel cuerpo brillante que se estaba posando en el suelo. La luz que emitía no era, ni mucho menos, blanca, aunque era bastante difícil calificar aquel raro tono ligeramente verdoso que emanaba de todo él.

Finalmente, cuando el extraño aparato terminó de posarse sobre la tierra, con una extraordinaria suavidad, la luz que de él surgía se había debilitado bastante, convirtiéndose en una especie de aureola rosada que no dejaba de tener una singular belleza.

Realmente, Tony no sabía lo que hacer ni pensar.

Era presa de una emoción que le dominaba por completo, ya que estaba absolutamente seguro de que aquel aparato que acababa de aterrizar provenía de más allá del Espacio y que sus ideas sobre los seres y sus propósitos, de otros mundos, de lo que había charlado con la joven en los últimos minutos estaba siendo demostrado por algo verdaderamente irrefutable.

—¿Lo habrá visto papá?

Las palabras de Ally le hicieron despertar del profundo ensimismamiento en el que estaba sumido.

—No es posible, tu padre debe estar leyendo en la cama, si no se ha dormido ya.

Pero, de todas formas, aquello no era una solución al problema que, de un momento a otro, podía plantearse. Por eso, después de reflexionar unos instantes, volvió a decir:

—Vamos a intentar llegar hasta la casa. Daremos un amplio rodeo para evitar que “ellos” nos vean. Además, es más que probable que ese aparato emita alguna radiación nociva para el cuerpo humano.

—¡Qué lástima no tener teléfono en casa! Si lo hubiese, podríamos avisar a las autoridades del estado…

—Tienes razón. Estamos completamente aislados y eso es, en estos momentos, un verdadero problema.

—¿Crees que nos atacarán, Tony?

—Sinceramente, no lo sé, querida. Lo más probable es que tarden aún muchas horas en salir de su aparato: En fin, no nos preocupemos demasiado por el momento. Procuremos llegar a tu casa lo antes posible y saldremos con tu padre y la criada, huyendo de aquí, hacia cualquier lugar seguro.

Empezaron a caminar, dando un gran rodeo, procurando marchar por lugares que formasen ángulos muertos, para no ser vistos del aparato.

Por encima del natural temor que le embargada, Tony sentía los aguijones de la curiosidad y hubiese dado cualquier cosa por hallarse completamente solo en aquellos momentos. Su profesión de periodista era un acicate más que le impelía a conseguir un reportaje que sería el más emocionante de todos los tiempos.

Pensó también en que había traído una magnífica cámara cinematográfica, que tenía en casa de su prometida, y, mientras andaba precavidamente, iba forjando una serie de atrevidos planes para poder acercarse lo más posible a la misteriosa astronave, para fotografiarla y poder publicar las extraordinarias placas que obtendría.

Hasta era posible, con un poco de suerte, poder captar alguna vista de los misteriosos ocupantes del “platillo”, lo que le convertiría, en un instante, en el periodista más famoso del mundo.

Describieron un amplio semicírculo, ya que habían notado que la luminosidad del aparato aumentó súbitamente, lo que podía significar, entre otras cosas, que, sus ocupantes estaban ya fuera de él.

Tony llevaba a Ally de la mano y notaba que su prometida temblaba constantemente como una hoja movida por un fuerte viento.

—Tranquilízate, pequeña —le dijo.

Guardaba ella silencio y no se atrevía a levantar la mirada del suelo, aunque el reflejo de la potente luz verdosa que emanaba ahora de la astronave era visible sobre toda la extensión del camino que atravesaban.

—No ha venido más que un aparato —dijo él— Es posible que se trate de una avería y que en cuanto la arreglen, vuelvan a marcharse.

—¿Lo crees así?

—Es posible. Solos como están no podrían enfrentarse a las fuerzas del Ejército. Además, si se tratase de una invasión, hubiesen venido en mayor cantidad.

Siguieron caminando en silencio.

—Oye, Tony, ¿y si estuviesen dotados de armas terribles que les permitiesen atacar ellos solos a los Estados Unidos?

Él encontró razonable aquello que Ally acababa de decir; pero, para no asustarla más de lo que estaba, le contestó:

—¡No seas boba! Por muchas armas potentes que tengan, son insuficientes para dominar al mundo entero. Comprenderás que si los Estados Unidos se viesen atacados por criaturas extraterrenales, todos los países del Globo vendrían rápidamente en nuestra ayuda.

Ally se estremeció de pies a cabeza.

—¿No sientes un frío extraño, Tony?

—Es verdad, tienes razón. Es raro en esta época del año y en esta región.

Estaban ya cerca de la casa de ella y el frío se hacía cada vez más intenso. Tony se quitó la chaqueta, colocándola sobre los hombros de su prometida. Ésta iba ligeramente vestida, como correspondía a un verano que incluso en las noches, estaba siendo excesivamente caluroso.

Penetraron en el hotelito por la puerta del servicio, de la que Ally llevaba siempre la llave. Lo hacían cada noche igual, ya que la verja principal chirriaba desagradablemente al girar sobre sus goznes, y aquel estridente ruido podía despertar a su padre.

El silencio, en el interior de la casa, era completo.

Después de encender la luz del salón, parecieron serenarse un tanto. Nada parecía haber cambiado allí y todo estaba en su habitual lugar.

—Voy a despertar a tu padre para que se prepare. Tú, entretanto, puedes ir a llamar a Gloria.

Tendrás que gritar mucho, ya sabes que es más sorda que una tapia.

Por primera vez, desde que habían visto a la astronave, sonrieron ambos.

Tony subió las escaleras de cuatro en cuatro, íntimamente preocupado por buscar una ocasión, mientras la familia de su

prometida se preparaba, de acercarse a la astronave y filmarla un poco.

Aquella idea y las consecuencias triunfales que le proporcionaría para su carrera le tenían tremendamente excitado. Por eso, al hallarse en el piso superior de la casa, se dirigió primeramente a su propia habitación, apoderándose de la cámara, que acarició tiernamente.

—¡A ver cómo te portas! —exclamó en voz alta.

Luego, avanzando hasta el final del pasillo, se detuvo ante la puerta de la habitación de su futuro padre político.

—Debe estar durmiendo como un tronco —pensó, al tiempo que sonreía.

Llamó suavemente con los nudillos, incrementando la fuerza con que lo hacía a medida que el silencio interior se prolongaba.

Aquello empezaba a inquietarle, ya que el padre de Ally no tenía un sueño pesado y solía despertarse bruscamente al menor ruido.

No pudiendo contener un instante más su impaciencia, tiró del pomo de la puerta, haciéndolo girar decididamente.

Como de costumbre, la puerta estaba abierta.

La habitación estaba bañada en la luminosidad verde que provenía de la astronave, la cual era visible desde allí, a través de la amplia ventana que estaba abierta de par en par.

La temperatura de aquel verano obligaba a mantener todas las ventanas de la casa abiertas durante la noche, ya que de día habla que cerrarlas para evitar el fulgurante y cegador reflejo del sol.

Tony permaneció unos instantes como hipnotizado, mirando la astronave que estaba en medio de la completa oscuridad de los campos. Otra vez su mente empezó a urdir los más fantásticos proyectos, que nutriría el sensacional reportaje que pensaba hacer.

Mas, repentinamente, la realidad se impuso y recordó a lo que había venido allí.

—¡Mister Horney! —llamó con suavidad.

Nadie le contestó.

—¡Mister Horney! —repitió.

Al no obtener contestación y ya seriamente preocupado, se dirigió al lugar de la estancia donde sabía se hallaba el conmutador de la luz.

La fuerte luminosidad de la lámpara que pendía del techo, le cegó durante unos breves instantes.

Cuando abrió los ojos y se acercó al lecho, hubo ¡de hacer un esfuerzo sobrehumano para no lanzar un grito de horror.

Sobre el lecho, cuya ropa estaba en completo desorden, NO HABÍA MAS QUE UN ESQUELETO HUMANO.

Aquello era todo lo que quedaba de mister Horney…

Un grito espeluznante le hizo palidecer. Había conocido la voz de Ally y, sin pensarlo más, corrió escaleras abajo, hacia la habitación que ocupaba la vieja fámula: Gloria.

No se equivocaba. Junto al cuerpo de una Ally desvanecida y en el lecho deshecho, como el de mister Horney, se hallaba el esqueleto de la criada…

Una furia indecible se, estaba apoderando del joven. Todas las posibilidades de un reportaje habían cedido y casi desaparecido, sintiendo, en su lugar, aquella cólera lógica de encontrarse ante el más terrible de los asesinatos, de los que habían sido víctimas dos pobres viejos que dormían, sin haber hecho el menor daño a nadie.

Recordó que mister Horney poseía un juego completo de escopetas de caza y, después de colocar a su novia en una “chaise-longue” del “hall”, cuyas ventanas y puertas cerró cuidadosamente, corrió hacia la habitación del fondo, donde se encontraban las armas.

Eligió las dos mejores, volviendo junto a Ally.

Ésta estaba empezando a volver en si.

Era inútil y demasiado cruel explicar a la joven lo ocurrido con su padre. No tuvo más que mirar fijamente a Tony para comprender lo que habla acontecido.

Lloró durante un buen rato desconsoladamente.

—Voy a demostrar a “esos” que no van a seguir matando impunemente.

Secándose las lágrimas, ella le miró con horror.

—¿Es que te has vuelto loco, Tony? ¿Quieres que te maten a ti también, que eres lo único que me queda?

—No me matarán. Tú puedes esperarme aquí, cerrando bien puertas y ventanas. Te dejo esta escopeta con algunos cartuchos de reserva.

Ella movió la cabeza negativamente.

—Si tú vas, yo iré también.

—No debes hacerlo; los nervios de una mujer pueden fallar y me encontraría entonces en una situación difícil.

—No me pasará nada; no te preocupes.

Hizo lo posible porque desistiese de su testaruda posición; pero, a pesar de todos sus esfuerzos, ella no consintió en quedarse.

En realidad, le daba mucho más miedo quedarse sola en aquella casa, tan cerca de los espantosos esqueletos.

Estaba segura que, de quedarse, se volvería loca.

—¡Vamos, Tony! —suplicó impaciente.

Salieron por la puerta de atrás, dando un rodeo semejante al que hicieron antes, pero acercándose esta vez a la astronave, que seguía despidiendo la extraña luminosidad verde.

Tony marchaba decidido y la joven, tras él, había dejado de sentir miedo.

Cuando llegaron junto al aparato, se tendieron ambos en tierra para poder observar lo que podía ocurrir.

Lo primero que llamó extraordinariamente su atención fue el comprobar que una serie de minúsculas puertas estaban completamente abiertas.

—Son mucho más pequeños que nosotros —musitó el joven.

—¡Son unos asesinos! —repuso Ally.

Aquello hizo recordar a Tony la misión que le había llevado allí. En, contra de sus propósitos de venganza, la curiosidad había vuelto a apoderarse de él. Pero las palabras de su prometida le hicieron recordar los dos esqueletos.

—Protege mi avance —dijo a la joven—.Voy a acercarme.

—¡No lo hagas, Tony, te matarán!—gritó ella.

Pero el muchacho se había puesto en pie y avanzaba decididamente hacia la astronave, encogido sobre sí mismo y con el arma apercibida.

Llegó a las cercanías de una de las puertas, permaneciendo a la escucha durante un par de minutos. Luego, de un movimiento impulsivo, penetró, inclinándose para poder hacerlo, en el interior.

Ally contuvo un grito de horror que pugnaba por salir de su garganta.

Los cinco minutos siguientes constituyeron para ella una indecible tortura. Por dos veces consecutivas estuvo a punto de correr hacia la astronave y penetrar por la puerta por la que lo había hecho su prometido.

Bruscamente Tony volvió a salir, corriendo hacia ella.

—¡Ven conmigo, Ally!... ¡Es verdaderamente maravilloso!

La joven no consideró de buen gusto aquel entusiasta calificativo.

—¿Es que te has vuelto loco, por desgracia?

—¡Perdona, querida! Pero tienes que comprender la emoción que siente el primer ser humano que entra en contacto con algo tan... extraño. ¡Han abandonado su astronave, Ally, y eso es lo verdaderamente maravilloso! Entraremos en ella y les esperaremos con las armas prestas. Cuando vuelvan, les mataremos a todos y correremos después a dar la noticia. ¡Seremos los más famosos del mundo!

Ella se daba cuenta perfectamente de que en él dominaba su alma de periodista y que no pensaba más que en la fama que le daría aquella información sensacional.

Pero, como lo único que le importaba a la joven era conservarlo a su lado y vengar la muerte de su padre, admitió inmediatamente el osado plan de Tony, siguiéndole hasta la astronave.

Dudó unos instantes antes de atravesar la pequeña puerta circular por la que ya había penetrado su prometido.

Éste le llamaba desde el interior.

—¡Pasa, Ally! ¡No tengas miedo, ya te he dicho antes que no hay nadie!

Nada más entrar, la joven volvió a sentir, el intenso frío que les envolvió cuando se acercaban a la casa.

—¡Qué temperatura más desagradable!—exclamó.

Pero, casi inmediatamente, su atención se concentró en el interior de aquel aparato que, según las justas palabras de Tony, era sencillamente maravilloso.

La planta baja estaba suavemente iluminada y en medio del techo se veía un agujero, a una altura que ellos no podían alcanzar, cuyo objeto era completamente incomprensible.

Si “ellos”, por el tamaño de las puertas, eran bastante más pequeños que los humanos, Ally no llegaba a comprender cómo eran capaces de alcanzar aquel curioso orificio.

El metal o la sustancia que revestía interiormente la astronave era brillante y extraordinariamente pulida. Ally no se atrevió a tocarlo,

sintiendo, otra vez, aquella desagradable sensación de frío.

—¿Qué te parece? —dijo Tony—. ¿No es formidable? Si "ellos" consiguiesen escapar, no habría nadie que nos creyese. Nos tomarían por locos, encerrándonos en cualquier casa de salud.

Ella no contestó, sintiéndose arrobada por todo lo que le rodeaba.

—Nos pondremos cada uno en una puerta, con la escopeta preparada. En el momento que veamos algo raro, dispararemos. ¡Ya verás cómo acabamos con "ellos" en un periquete.

Iban a dirigirse hacia las puertas, cuando Ally lanzó un grito de espanto.

¡TODAS LAS ABERTURAS QUE DABAN AL EXTERIOR ACABABAN DE CERRARSE SILENCIOSAMENTE!

—¡Nos han cazado! —gritó el joven.

Y, loco de furor y de miedo, disparó contra las puertas, no logrando absolutamente nada.

Permanecieron unos instantes en silencio.

Casi en seguida, un suave rumor llegó hasta ellos. Luego, impulsados por una misteriosa fuerza, se vieron obligados a sentarse, al tiempo que sentían cómo un extraño mareo se apoderaba de ellos.

Instantes más tarde perdían el conocimiento, desplomándose pesadamente sobre el metálico suelo de la cabina donde se encontraban...

* * *

Cuando despertaron se miraron durante largos minutos, sin comprender dónde estaban y lo que había acontecido.

Lentamente, a medida que iban reconociendo el lugar en el que penetraron tan audazmente, fueron recordando todos los detalles y sintiendo, al mismo tiempo, un terror creciente.

—¡Nos tienen encerrados! —exclamó Tony.

Se levantó, acercándose a la joven.

—¿Te encuentras bien, Ally?

Ella afirmó con la cabeza.

Separándose de la muchacha, Tony recorrió la cabina, mirando repetidas veces hacia arriba, a través del orificio que perforaba el techo, sin lograr ver absolutamente nada.

Finalmente lanzó un grito que llamó la atención a la joven.

—¡Mira, aquí hay un ojo de buey!

Ally se incorporó apresuradamente, acercándose a su prometido.

Efectivamente, una ventana ligeramente oval se abría en aquel lugar.

Los dos jóvenes pegaron sus rostros a la pulida superficie de vidrio. Casi en seguida sintieron una angustia indecible que se apoderaba implacablemente de ellos.

Fuera no había más que la negrura de un cielo que no conocían y en el que brillaban, con una intensidad tremenda, astros que no pudieron identificar,

—¡Nos han raptado! —exclamó la joven.

Tony se dio cuenta de que habían caído en una estúpida trampa y que “ellos”, fuesen quienes fuesen, les habían sacado de la Tierra.

La astronave debía avanzar por el Espacio a una velocidad de vértigo. Pero, en su interior, no notaban absolutamente nada. Esto hizo pensar a Tony que aquel aparato iba dotado de mecanismo giroscópico y de un ambiente en todo semejante al de la Tierra.

Si les conservaban vivos y no les habían matado, como a los dos viejos, es que no deseaban matarles y que, con toda seguridad, querían preguntarles cosas de la Tierra o… experimentar con ellos.

Un estremecimiento de terror sacudió al periodista y al imaginarse las torturas a las que podían exponerse, sintió una gran cólera contra su loca confianza, que había arrastrado a la joven a aquella peligrosa aventura.

Se consideró culpable y sintió ganas de golpearse a sí mismo. Ally, que estaba a su lado, debió adivinar las ideas de su prometido.

—No te preocupes, cariño. Pasaré por donde tú debas pasar.

La besó con pasión, permaneciendo unidos en aquel desesperado abrazo, mucho tiempo.

Una luminosidad pálida penetró inesperadamente por la ventana oval.

—¡Mira, Ally!… ¡Hemos llegado a otro planeta!

Todo era demasiado tremendo para poder describirlo. Una vegetación extraordinariamente exuberante y una topografía extraña, completamente fabulosa.

El Sol brillaba muy lejos y débilmente.

—Nos hemos alejado del Sol —observó Tony—. Si no me equivoco, debemos estar en uno de los planetas exteriores: en Marte.

La astronave seguía moviéndose y pronto desapareció la débil luz solar para ser sustituida por una potente luz artificial, demostrando así que debían haber penetrado en algún edificio.

Poco después la astronave se detenía completamente.

Luego se abrieron las puertas silenciosamente.

—¡Vamos! —dijo Tony—. Quieren que salgamos.

Lo hicieron agarrados fuertemente de la mano y sintiendo la más extraña sensación que habían experimentado en su vida.

Se hallaban en una descomunal estancia, de paredes blancas y que no-pudieron contemplar durante mucho tiempo, ya que la astronave, después de cerrar sus puertas, ascendió en el aire, desapareciendo por arriba, por una especie de gigantesca escotilla que se cerró, a su vez, sin ningún ruido.

Había comida en el suelo.

Pero no fue aquello lo que llamó la atención de los jóvenes, sino los letreros que llenaban casi completamente las paredes de aquella prisión.

Los leyeron todos, en varias lenguas y que los desdichados que habían pasado por allí dejaron como muestra y recuerdo de la angustia y el terror más indecibles.

"Aquí estuvieron Anne Peggy y sus hermanitos Lewis y Harry. ¡Que Dios se apiade de nosotros!"

Aquello explicaba muchas misteriosas desapariciones que nadie logró descubrir jamás, demostrando, además, que "ellos" llevaban varios años raptando seres humanos.

¿PARA QUÉ?

No tardaron mucho Ally y Tony en conocerlo...

CAPÍTULO PRIMERO

Los seis colosales tubos con que había sido dotado el observatorio unos años antes, apuntaban a la lejanía del espacio con la insistencia que le prestaban los hombres que estaban mirando a través de sus poderosos sistemas ópticos.

Dentro del inesperado ambiente de efervescencia que reinaba en Monte Palomar, Glynda Patterson, la linda secretaria del director del Observatorio, profesor Harry Donald, se sentía sumamente inquieta, acostumbrada como estaba a la paz de las jornadas que habían precedido a la llegada de aquel grupo de astrofísicos de distintos puntos de los Estados Unidos.

Comprendía vagamente que algo muy importante debía estar pasando en el Espacio, aunque Donald no había hecho, por el momento, más que mantener secretos conciliábulos, en voz baja, con sus colegas. Ni el propio Conant, el joven ayudante del profesor, que sentía hacia Glynda una positiva afección y que la trataba con un compañerismo vagamente sospechoso de amorío, no se había separado un solo momento del grupo de los sabios, pareciendo complacerse íntimamente en la dilatación constante que sufría la curiosidad de la muchacha.

Sin duda alguna, el profesor le había dedicado, sin afán de ofenderla, a manejar el aparato de revelación automática donde las fotografías espaciales surgían por docenas, para ir directamente a la mesa de Donald, quien seguía comentando en voz baja lo que allí veía.

Para la pobre Glynda, experta en muchísimas cosas, pero no iniciada en las profundidades de la Astrofísica, las líneas blancas, de densidad distinta que contemplaba absorta en las fotografías, a medida que éstas quedaban reveladas, no significaban absolutamente nada.

¿Qué estaba ocurriendo, en realidad?

Era sumamente penoso permanecer día y noche en un ambiente donde el misterio se había puesto a reinar inopinadamente. Hasta entonces y en muchísimas ocasiones, el profesor había mantenido con la joven largas y amenas conversaciones, iniciándola en los secretos del Espacio y utilizando para ella un lenguaje perfectamente claro y vulgarizador en extremo.

Pero desde hacía exactamente tres larguísimas semanas, la actitud del jefe del Monte Palomar y de su ayudante había cambiado de manera tan rotunda que Glynda, aun comprendiendo que aquellas cosas debían escapar forzosamente a su espíritu, se mostraba íntimamente molesta y tristemente sola.

Además, lo que aumentaba su rencor hacia todos aquellos

campanudos profesores era el no poder comunicar claramente lo que estaba ocurriendo a Dwigth, su prometido, con el que hablaba por teléfono todas las noches. Dwight Springer era profesor de Matemáticas en la Universidad de San Francisco y encontraba, del mismo modo que la muchacha, un descanso a su ardua labor pedagógica, cuando cogía el teléfono para charlar un poco con la que iba a convertirse, en no muy largo plazo, en su esposa.

Los sabios reunidos en el observatorio del Monte Palomar, que seguía siendo uno de los más importantes del mundo, llevaban horas y horas de trabajo ininterrumpido, charlando, discutiendo y hasta enfadándose cuando la muchacha les llevaba nuevas fotos captadas de puntos del Espacio, donde estaban ocurriendo los acontecimientos que les preocupaban tan intensamente.

Sin embargo, Harry Donald era un hombre ecuánime, sereno como ningún otro y que acostumbrado a los gigantescos problemas de su especialidad, no solía asombrarse por nada. Naturalmente, que lo ocurrido había sobrepasado ampliamente los límites de todo lo posible y por eso mismo se había decidido a llamar a sus más insignes colegas para estudiar detenida y detalladamente el asunto antes de informar convenientemente al Gobierno.

Porque, de todas formas, el informe se imponía y, además, lo antes posible. La importancia de los acontecimientos cósmicos que revelaban las fotografías obtenidas en las últimas semanas, demostraban palpablemente algo por completo inusitado y que, por el momento, no podía resolverse ni dilucidarse con la premura que hubiesen deseado aquellos hombres.

—¡Miss Patterson!

—Dígame, profesor.

—Diga a los empleados que preparen el aula de conferencias. Usted se ocupará de las cintas magnetofónicas. Después que terminemos, tenga la amabilidad de encerrar cuidadosamente las cintas en mi caja de caudales.

—Perfectamente, profesor.

Hubo de hacer un verdadero esfuerzo para que su rostro no manifestase la alegría que las palabras de Donald le proporcionaban. ¡Al fin iba a conocer lo que estaba ocurriendo!

¡Qué contento se pondría Dwigth aquella misma noche!

Diez minutos más tarde el grupo de sabios entraba solemnemente en la sala de conferencias, colocándose cada uno en su lugar y ocupando, naturalmente, Donald la presidencia. Geoffrey y Conant, su ayudante, se habían quedado al cuidado de los aparatos que seguían funcionando sin cesar.

El silencio preliminar era verdaderamente impresionante. Glynda, observando los rostros de los presentes uno a otro, encontró en todos ellos la expresión de la honda preocupación que les embargaba. Realmente, la muchacha estaba más nerviosa e impaciente que ninguno de ellos.

Algunos fumaban cigarrillos, mordiendo inconscientemente la punta y, en algunos casos, sin haberlo encendido. Otros permanecían con los codos en la mesa, las manos entrelazadas y el mentón apoyado sobre ellas.

El ambiente, al menos para la joven, era sumamente tenso y hasta irrespirable. Durante una buena docena de minutos, Donald, sentado en la mesa que presidía la reunión, estudió detalladamente un gran montón de notas que había traído consigo. Luego, finalmente, se irguió, con toda su alta estatura, lanzando una intensa mirada sobre los presentes.

—Señores —empezó a decir con voz grave —, deseo, ante todo, hacer un breve resumen de nuestros conocimientos y observaciones, para después penetrar directamente en la apasionante cuestión que nos interesa. Ya saben que de esta reunión ha de salir el borrador del informe que debemos enviar, lo antes posible, a las autoridades de los Estados Unidos que, por su parte, lo comunicarán inmediatamente a los otros gobiernos del mundo, ya que estamos casi completamente seguros que el problema que nos ocupa interesa directamente a todos los habitantes de nuestro planeta.

”De todos son conocidos los avances realizados durante estos últimos veinte años en la observación del Espacio. Podemos decir hoy, en 1957, sin temor a equivocarnos, que los conocimientos humanos sobre el Cosmos se han centuplicado en las dos décadas que acaban de pasar. La utilización de lentes “electrónicas”, el uso de los “satélites artificiales” y lo conseguido en el envío de cohetes interplanetarios, desdichadamente y por ahora sin tripulantes, pero dotados de todos los elementos de información necesarios, nos proporcionan nuevos

conceptos, sobre todo en lo que atañe a nuestro sistema planetario.

”De esta forma hemos llegado a saber, con una certeza indiscutible, que la totalidad de los planetas de nuestro sistema solar están habitados. Y esto es válido incluso para el pequeño “Megón”, situado más lejos que Plutón y descubierto, como ustedes saben, hace solamente ocho meses.

“También sabemos todos que esa habitabilidad, que nos ha demostrado la serie de observaciones indirectas realizadas merced a los cohetes interplanetarios, enviados en todas las direcciones del Espacio, no quiere decir que las formas de vida de los otros planetas sean exacta, ni aproximadamente, como las nuestras. Primeramente, por las condiciones fisicoquímicas de esos mundos, después por el estado evolutivo y la distinta edad de los planetas.

”En realidad, sabemos aún muy poco de esos seres que habitan los mundos que nos rodean y, para ser justo y exacto, puedo decir que no sabemos casi nada, dando a la palabra “casi” un sentido débil y pequeño. Sin embargo, desde el descubrimiento de la existencia de seres inteligentes en los otros planetas, las más importantes cuestiones, los más apasionantes problemas nos han sido planteados.

"Hasta bien entrada la segunda mitad de este siglo XX, el hombre ha podido permanecer ensimismado en sus problemas puramente terrenos, ya que no tenía motivo alguno para preocuparse de “lo de fuera”. Pero desde que se sabe la existencia de otros seres, más o menos inteligentes que nosotros, eso no lo sabíamos hasta ahora, el hombre ha debido empezar a inquietarse, a preocuparse de lo que puede llegar por el espacio.

"Hace exactamente tres meses, observé la salida de Marte de un objeto extraordinariamente brillante que demostraba palpablemente poseer una fuente energética de hidrógeno atómico. Lo que quiere decir, más claramente aún, que aquel objeto se movía indudablemente impulsado por una energía mucho más intensa que la producida por la explosión de diez bombas de hidrógeno.

"Aquel misterioso punto brillante, después de salir del planeta Marte, describió una enorme trayectoria, de forma aproximadamente elíptica, regresando al punto de origen y desapareciendo, finalmente, en la masa nebulosa que envuelve el planeta. Ahora bien, el camino descrito por el objeto brillante, fue exactamente de unos doce millones de kilómetros, tardando en recorrer esta fabulosa distancia... ¡Menos

de seis horas!

"Comprenderán ustedes fácilmente, el interés que despertó en mí aquella observación. Desde aquel momento concentré mi atención en Marte, al que observaba constantemente. Así, diez días más tarde, pude observar de nuevo, la salida de ocho puntos luminosos que esta vez se dirigieron hacia Júpiter, describiendo una amplia curva y recorriendo doble distancia que la vez anterior, a una velocidad, que entonces pude calcular con mayor exactitud de ¡dos millones de kilómetros por hora!

Hizo una pausa, dejando que el silencio fuese irrumpido por exclamaciones de estupor. Glynda, por su parte, empezaba francamente a aterrorizarse.

—Naturalmente —siguió diciendo Donald —, aquellas observaciones sorprendentes me hicieron formularme la pregunta, que quemaba mis labios desde el momento que empecé a ver aquellos fenómenos:

"¿Qué podían ser aquellos puntos brillantes que se movían a tan formidable velocidad?

"Estaba perfectamente demostrado que se trataba de objetos construidos artificialmente y pilotados por alguien que los conducía por el Espacio. La respuesta no podía ser más sencilla: con toda seguridad, se trataba de astronaves con las que los marcianos estaban explorando las rutas del espacio.

"Todo aquello no me interesaba más que como uno de los apasionantes problemas que, con harta frecuencia se presentan a nosotros, los astrofísicos. Pero, hace diecisiete días se produjo lo inesperado, lo verdaderamente extraordinario.

"Uno de esos puntos brillantes o astronaves si hemos de llamarlos por su verdadero nombre, cambió de rumbo, dirigiéndose directa y expresamente hacia la Tierra. Con mis propios ojos vi cómo se detenía en la Luna, posándose en un punto que los telescopios del Monte Palomar no me permitieron ver con exactitud. A partir de aquel momento, nuevas y nuevas astronaves, en una cantidad siempre creciente, han llegado de Marte para posarse en nuestro inhóspito satélite.

"Ustedes mismos han podido contemplar con toda facilidad, ese

intenso tráfago interplanetario que se está realizando. Con los últimos cálculos que hemos hecho, se ha alcanzado la espeluznante cifra de seis mil astronaves que se han posado ya en la Luna, sin contar las que se encaminen, a partir del momento que hemos abandonado el observatorio y que mi ayudante controlará exactamente.

"¿Qué significa todo esto, señores?

"Indudablemente los marcianos, seres sumamente inteligentes, no han llegado a la Luna para permanecer en ella indefinidamente. Lo más seguro, lo verdaderamente lógico, es que preparan un ataque a la Tierra.

“La tremenda importancia de este hecho no necesita aclaración alguna. Por ello, nuestras autoridades, aunque ya poseen un informe previo, deben ser ilustradas de este estado de cosas. Sólo así podrá organizarse la defensa de nuestro planeta...

La reunión podía considerarse como completamente terminada. En realidad, nada podía añadirse a las elocuentes y claras palabras de Donald.

—Señores —acabó éste —vamos a volver al trabajo. Ya no nos queda más que pedir al Señor que no nos olvide y que nos ayude.

* * *

Dwight Springer, el prometido de Glynda, acababa de colgar el teléfono después de hablar con la muchacha cerca de una hora larga.

Encendiendo el cigarrillo abandonó el despacho, pasando al salón, cuyos amplios ventanales estaban completamente abiertos, mientras la brisa nocturna movía suavemente las blancas cortinas que el criado del joven había echado para evitar que los insectos penetrasen en el interior de la estancia, atraídos por la luz.

En la mente del matemático, las palabras de Glynda seguían resonando con una insistencia que empezaba a ser verdaderamente obsesiva. Habían sido demasiadas cosas las que la joven le dijo y mil

preguntas distintas acudían a su cerebro mientras dejaba caer distraídamente la ceniza de su cigarrillo en la densa moqueta que cubría el suelo.

¿Marcianos?

Resultaba curioso y hasta divertido. Desde hacía mucho tiempo la literatura fantástica y de anticipación científica —que Dwigth leía con placer en sus momentos de ocio—, había formulado multitud de hipótesis, muchas de ellas curiosísimas, sobre la probable naturaleza de los habitantes de otros mundos. Fuera de las descabelladas muestras de la imaginación calenturienta de alguno de los escritores, el joven había encontrado en sus lecturas conclusiones sencillamente curiosas y que se basaban, más o menos, en una cierta seriedad científica.

Respecto a los habitantes problemáticos de Marte, desde los inolvidables personajes de H. G. Wells, en su "Guerra de los Mundos", se había escrito, hablado y discutido mucho sobre tan apasionante tema.

¡Y ahora parecía ser verdad todo aquello!

Saliendo del salón, a la amplia terraza vecina, Dwigth elevó la mirada al cielo, clavándola con insistencia en el lechoso disco de la Luna que parecía flotar en el Espacio, a una distancia relativamente corta de la Tierra.

¡Los marcianos estaban allí!

Parecía imposible y, sin embargo, no podía dudarse de una personalidad tan relevante como la del profesor Donald, la primera autoridad en Astrofísica de los Estados Unidos y una de las mejores inteligencias del Globo.

Springer no pudo por menos de estremecerse, reaccionando inmediatamente y procurando alejar todas aquellas extrañas ideas de su mente, en un sincero esfuerzo. Pero pronto hubo de percatarse de la imposibilidad de su deseo.

El firmamento, donde temblaban millones de estrellas y la misma Luna, que desprendía una luminosidad macabra, envuelta a veces en el sudario de las nubes, de las que trataba inútilmente de escapar, empujaban su imaginación hacia los insolubles problemas que

planteaba aquella maravillosa visión.

Que los mundos, hasta entonces alejados y aislados, entrasen en contacto, era una cosa que debía forzosamente ocurrir. Habían pasado muchos años de especulación y a medida que la ciencia avanzaba y que los misterios dejaban de serlo, aquel espectáculo grandioso que era el cielo, fue poblándose de posibilidades de vida, que no tardaron en convertirse en certeza indiscutible.

Pero, lo que no podía esperarse tan pronto era que cualquier clase de criaturas arribasen a la Tierra. Aquello había sido solamente la materia de muchas novelas fantásticas y nadie podía creerlo, ni el mismo Springer, si no hubiese escuchado las apasionadas palabras de su amada.

—¿Qué va a ocurrir, Dios mío?

Había mucha angustia en aquella pregunta que se formuló mentalmente y un indomable deseo de saber, de prever, de intentar descubrir lo que ocultaban los imprecisos y nebulosos días que habían de llegar.

Considerando las cosas con imparcialidad y nobleza, se llegaba a la lógica conclusión de que si los marcianos llegaban hasta la Tierra, con afán de conquista, los humanos carecían de medios comparables a los que sus enemigos demostraban ya, al haber alcanzado el triunfo de un viaje interplanetario de manera tan completa.

“¿Qué es eso?”

Un cuerpo intensamente brillante acababa de aparecer en el horizonte, no dejando de crecer rápidamente, lo que demostraba que se acercaba a una loca velocidad. Aquel misterioso objeto describió una amplia curva, hacia el Norte, alejándose para volver a acercarse, cada vez a más baja altura.

Pasó como una exhalación por encima de la casa del profesor descendiendo suavemente, después de parecer flotar en el espacio durante un par de minutos, que a Dwigth se le antojaron siglos, posándose finalmente en un lugar que, al parecer, no distaba más de diez millas del punto donde estaba enclavada la mansión del joven.

Éste, durante un largo rato, permaneció como hipnotizado, temblando intensamente, mientras intentaba hallar un camino, hacer

algo, escapar de aquella espantosa inmovilidad que le embargaba,

¿Qué hacer?

No tenía duda alguna de que '"aquello" no podía ser otra cosa más que una de las astronaves de las que le había hablado Glynda, De ahí el tremendo estupor que se apoderó de él, dejándolo parado, incapaz de ninguna reacción positiva.

¡Los marcianos estaban llegando!

Pensó, durante algunos instantes, en los millones de seres que dormían, a aquellas horas, de la forma más plácida y confiada, sin poder adivinar la tragedia que se estaba cerniendo sobre ellos; sin percatarse de que sus vidas iban a sufrir un profundo y definitivo cambio y que acostándose dentro de una paz duramente lograda entre los hombres, se iban a despertar en guerra, en una escalofriante y terrible guerra de mundos.

Diez minutos más tarde, encontró la senda del deber, mostrándose decidido a llevar a cabo sus peligrosos propósitos.

Sacó el coche, y tras consultar un mapa de carreteras el camino que debía seguir, inició una loca carrera hacia el punto en donde presumía había caído la primera astronave marciana que se atrevió a posarse en la Tierra.

La noche estaba llena de los efluvios de una primavera que había empezado hacía muy poco. Un mes de mayo que anunciaba ya por doquier el brote, misterioso de la vida. La brisa, acrecentada por la velocidad, giraba alrededor del parabrisas de su descapotable, haciendo que sus cabellos rizados danzasen rebeldemente sobre su frente.

Mayo de 1975...

La Humanidad iba a tener en su Historia otra luctuosa fecha más que agregar a las que habían llenado de dolor al Mundo. Pero aquella fecha sobresaldría muy por encima de las más terribles, de las que hacían estremecer a su sólo recuerdo.

La luminosidad que emitía la astronave marciana había desaparecido por completo y la oscuridad de la noche no era turbada

más que por la luz de la luna y esa claridad impalpable que emiten las estrellas.

Dwigth conducía con soltura, un tanto nervioso, notando que sus manos se agarrotaban demasiado espasmódicamente, en el volante. La carretera, una hermosa pista de tercer orden, ofrecía un curso sinuoso por aquella región montañosa y de una belleza pintoresca sin igual.

A medida que le parecía acercarse al lugar donde se posó la astronave intersideral, el joven disminuía paulatinamente la marcha de su vehículo, deteniéndolo de vez en cuando, para escuchar, todo oídos, los vagos y difusos rumores de la noche. Finalmente y en una de aquellas ocasiones, le pareció oír un raro siseo prolongado, como si una escuadrilla invisible de aviones pasase sobre su cabeza.

Miró instintivamente al cielo, no descubriendo otra cosa que el fondo estrellado. De todas formas y presa ya de una inquietud intolerable, aparcó el vehículo en un camino vecinal, descendiendo y empezando a andar por la carretera sin dejar de prestar toda su atención a la falsa tranquilidad de aquella magnífica noche.

La luz de la luna favoreció su búsqueda. Un centenar de metros más abajo del lugar en que había dejado el coche, descubrió, inopinadamente, la nave del espacio...

Ocupaba, casi totalmente, una amplia depresión del terreno, una especie de terraza cóncava, repleta de hierba que el aparato había aplastado terriblemente al posarse. La astronave, en sí, no era más que una descomunal esfera, de color metálico, cuajada de orificios, en todo semejante a los “ojos de buey” que perforan los costados de los grandes barcos. A través de ellos era posible percibir una luminosidad verdosa que surgía débilmente del interior.

Moviéndose con toda clase de precauciones, Dwigth fue examinando la astronave desde todos los puntos de vista, ya que estaba describiendo un circulo completo alrededor del raro artefacto. Así, al cabo de unos minutos, llegó a descubrir una serie de orificios, de un tamaño bastante menor que la altura media de un hombre, que estaban completamente abiertos y por donde surgía, con mayor intensidad, la luz verde que había visto salir de las ventanas ovales del otro lado.

La curiosidad fue venciendo rotundamente al temor y el joven, después de asegurarse que nada parecía “habitar” aquella astronave y

recordando los extraños silbidos que oyó pasar sobre su cabeza un poco antes, llegó a la conclusión de que los marcianos habían abandonado el aparato para realizar una primera visita de inspección por los alrededores.

¿Tardarían mucho en regresar?

Aquella era una pregunta a la que hubiese deseado ardientemente poder contestar con exactitud absoluta. Su curiosidad no hacía más que crecer, agregándose a ella un interés científico que le impulsaba decididamente hacia la astronave.

Recordó que había dejado su pistola en la casa, aunque aquella idea infantil le hizo sonreír. ¿Es que si hubiese traído el arma le habría sido de alguna utilidad contra “ellos”?

Estaba ya junto a uno de aquellos orificios, que debían ser, indudablemente, puertas y sintió una oleada de calor intenso que surgía del interior. La temperatura debía ser muy elevada dentro. ¿Por qué? Pero era completamente inútil empezar a formular preguntas que, casi con toda seguridad, quedarían para siempre sin respuesta.

Penetró en el interior de la astronave, sintiendo el sofoco de la temperatura que reinaba allí dentro. Pero la vista de los complejos aparatos, de un tamaño exageradamente pequeño, le llevó a pensar en la casi certeza de que los marcianos eran criaturas de reducido tamaño.

La astronave estaba completamente vacía. Por parte alguna vio nada que pudiese poseer vida propia. Indudablemente los marcianos debían haber salido para realizar un primer reconocimiento del planeta que, sin duda alguna pensaban conquistar.

Fue entonces cuando dejaba ir su imaginación por los más fantásticos caminos, cuando vio con ojos desorbitados por el horror, que todas las pequeñas puertas se cerraban automáticamente, dejándole encerrado allí.

CAPÍTULO II

El comandante Maurice Nelson, jefe de los Ejércitos del Área Occidental de los Estados Unidos, era indudablemente y desde todos los puntos, de vista, un hombre eminentemente teórico.

Dentro de su promoción, relativamente joven —Maurice Nelson tenía cuarenta y ocho años— era el hombre que más había profundizado en una serie de estudios que habían hecho de él lo que era: un hombre que odiaba cordialmente todo lo insignificante, lo secundario y lo rutinario que no deja de ser un Ejército mientras no se pone en pie de guerra, cosa para la que únicamente ha sido concebido.

Para la mayoría de los jefes y oficiales del Área Occidental, Nelson era, dicho naturalmente en voz baja, "el más solemne cascarrabias que había salido de West Point". Pero, tal calificación no correspondía, en modo alguno, a la estricta realidad, cosa que comprendían perfectamente los inteligentes.

Lo que Nelson no podía soportar eran las pequeñeces que acontecen cada día y que una serie de gentes con galones se empeñan en convertir, dentro de una ñoñería insoportable, en verdaderos problemas, cuando no son más que estupideces capaces sólo de preocupar a los mediocres. Nelson prefería estar informado al día de todos los estudios realizados en los laboratorios del Ejército y de la Armada, que de otras muchas cosas que le habían parecido siempre solamente dignas de ocupar la imaginación de una mediocre ama de casa.

Por todo eso, cuando le fue anunciada aquella mañana la visita de un importante grupo de jefes, para hablar de una misteriosa desaparición de material en ciertos centros y Pases, el malhumor de Nelson subió rápidamente a las cumbres.

Justamente, hacía solamente una media hora, habla recibido un informe confidencial sobre los resultados obtenidos en el lanzamiento de nuevos cohetes, capaces de atravesar el espacio, llegando hasta más allá de Venus. Estaba, precisamente, ensimismado en la lectura de aquellos extraordinarios trabajos, cuando le fue anunciada la urgente visita.

¿Desaparición de material?

Con toda seguridad que iba a escuchar, con los nervios a flor de piel, uno de esos interminables informes, acompañado de inacabables “estados” y estadísticas que le obligarían, al final, a tomar una buena cantidad del primer analgésico que encontrase al alcance de su mano.

Guardó celosamente los informes que leía, resignándose, con un gesto elocuente, a recibir a los visitantes.

—Hágales pasar —ordenó a su ayudante.

No le extrañó nada el desconsolado aspecto que se leía en los rostros de todos los que penetraron en su despacho. Estaba más que acostumbrado a ver casi llorar a un viejo jefe por la falta de algún detalle, en el balance anual y no podía, por eso mismo, sorprenderse de aquellas teatrales actitudes.

—¿Qué ocurre, señores? —inquirió, haciendo un verdadero esfuerzo por no sonreír.

Fue un joven mayor, que se llamaba Flyn, el que, levantándose de su asiento, tomó la palabra.

—Informa el mayor Flyn, inspector general de Material del Área Occidental del Ejército de los Estados Unidos. Señor, en breves palabras, voy a comunicar a usted la desaparición de gran cantidad de material perteneciente al Ejército.

Sacó un cuaderno del bolsillo, carraspeando sonoramente antes de volver a hablar.

—“Parque 236-A. Desaparición misteriosa de 387 piezas de Artillería, 164 tanques pesados y municiones de diferente tipo y calibre, por un equivalente, aproximado, de 237.000 cajas.

"Parque K-43, del Ejército del Aire. Desaparición de 860 aviones de distintos tipos y 57 baterías antiaéreas.

"Parque...

—¡Basta!

Nelson se había levantado, rojo de cólera y con los ojos brillantes como ascuas. Su respiración era entrecortada.

—¿Qué clase de broma es ésta, señores?

Los presentes se miraron con el mayor desconsuelo pintado en sus rostros. Luego, el mayor Flyn, con una voz que la emoción hacía temblar un poco: —No le comprendemos, señor. Este informe no dice más que la estricta verdad.

Nelson se dejó caer en su asiento, percatándose de que, por primera vez, aquellos hombres le planteaban un problema de extrema gravedad. No deseaba, por él momento, conocer las cifras que debían seguir a las que Flyn había ya enumerado. Eran lo suficientemente elocuentes para pergeñar, bastante bien, la catástrofe que debía haber ocurrido.

—Está bien, señores. Perdonen mi inesperada cólera, pero comprenderán mi extrañeza ante algo tan… imprevisto.

Y, después de una pausa, dirigiéndose personal y concretamente a Flyn:

—¿Tiene usted la amabilidad, mayor, de informarme ampliamente de lo ocurrido?… Naturalmente, sin mencionar cifras, que luego estudiaremos con el debido detalle.

—Sí, señor —repuso el interpelado—. Todas esas desapariciones que empezaba a enumerar antes han ocurrido simultáneamente en esta noche pasada. Los informes que han llegado a mis manos concuerdan perfectamente en que nadie se percató de nada, hasta que por la mañana, con la luz del día, se ha hecho visible la catástrofe. Tampoco se han hallado huellas de nada sospechoso y las declaraciones tomadas a los centinelas no dicen nada digno de interés.

La cólera volvió a enrojecer las mejillas de Nelson.

—Lo que quiere decir que aviones, tanques y cañones, se han evaporado misteriosamente, ¿no es eso?

Pero Flyn no hizo caso a aquella incisiva y burlona interrupción.

—Voy a permitirme, con su permiso, leerle algunas declaraciones

de los centinelas, para que pueda usted, señor, percatarse de la única cosa que parece haberse producido en los distintos sitios donde han acontecido las desapariciones.

Sacó algunos papeles, los clasificó rápidamente, empezando, a renglón seguido, a leer con voz monótona:

—“Soldado Carl Semper, de la 18 Compañía. Estuve seis horas de servicio, ya que suplanté voluntariamente a un compañero. A eso de las dos de la madrugada, aproximadamente, sentí un frío que no estaba de acuerdo con la temperatura que hacía esta noche, al tiempo que oía unos prolongados silbidos por el aire. Miré con curiosidad al cielo, no logrando ver absolutamente nada. Por otra parte, nada ocurrió a mi alrededor, que podía vigilar perfectamente gracias a la luna que deparaba una luminosidad extraordinaria. ..

"Soldado John Liverlee. Octava División de Fuerzas Aéreas. Alrededor de la una de la madrugada y cuando me encontraba en la tórrela número 11 de la Base, sentí la llegada de algo que silbaba extraordinariamente fuerte por el cielo, no pudiendo ver nada, a pesar de que estuve cerca de una hora observando el espacio con todo detalle. Cuando comprendí que se trataba de algo que debió pasar solamente en mi cabeza, lancé una ojeada sobre la pista, percatándome en seguida, con el natural horror, que todos los aviones que había allí instantes antes, habían desaparecido sin dejar rastro. También noté, durante mi observación al cielo, un frío intensísimo. Me precipité entonces al Puesto de Mando y...

"Esta fue la primera alarma concreta, señor. ¿Quiere que le lea algún informe más?

—No. Ya basta.

La cabeza le daba vueltas. Una sensación de vacío absoluto ocupaba su espíritu y prefería quedarse así, en aquel beneficioso silencio, sin agregar más incógnitas a las que ya poblaban su mente.

—Acompáñeme uno de ustedes a la Base de la Octava División. Deseo echar una ojeada personalmente. Usted, mayor Flyn, irá redactando el informe en compañía de mi ayudante y de los demás aquí presentes, que esta misma tarde llevaré, yo mismo, a Washington. Nada más por ahora, señores.

Antes de salir se volvió de nuevo.

—Ni que decir tiene qué deseo el más completo secreto sobre este asunto.

* * *

El helicóptero que conducía a Nelson se posó suavemente en la desierta pista de la Base aérea. Al mismo tiempo, los “jeeps” de las autoridades militares de la Basé, advertidas por radio de la llegada de Maurice, corrían hacia el aparato cuyas hélices horizontales iban deteniéndose ya.

Después de saludar brevemente, Nelson se dirigió directamente, en uno de los vehículos y seguido de los demás, al centro de la pista primera, de donde habían desaparecido los aviones ante el propio centinela de la torre de observación.

El terreno aparecía completamente limpio, salvo una serie de trozos de hierros retorcidos que nadie había tocado aún.

—Eso es todo lo que queda de los aparatos, señor

—informó uno de los que le acompañaban.

—Hay que llevar un trozo de esos al laboratorio —ordenó Maurice.

Obsequioso, un joven comandante saltó ágilmente del “jeep” que conducía, acercándose al lugar donde se hallaban los extraños restos.

—¿Han investigado ustedes la radioactividad? —inquirió Nelson, cuya mirada no se separaba del joven comandante.

—Sí, señor. El contador Geiger nos demostró que no existen, en absoluto, el menor asomo de radioactividad.

El comandante había llegado junto, a uno de los trozos de mayor tamaño que, en realidad, no eran más grandes que un libro corriente, “in octavo”. Inclinándose, intentó cogerlo con una sola mano, ayudándose después con la otra sin obtener resultado alguno.

Enrojecieron sus mejillas y lanzando una azarosa mirada hacia sus jefes, puso en contribución toda su fortaleza, Los músculos de su cuello sobresalieron como gruesos cables tirantes. Lo intentó de cien maneras distintas y, finalmente, con los ojos brillantes por las lágrimas que le costaba aquel fracaso ante todos sus jefes, regresó junto al “jeep” donde se hallaba Maurice.

—No he podido, señor. Es muy pesado.

Todos se acercaron y sin decir nada, empezaron a intentarlo, primero uno a uno, después por parejas y finalmente en grupo.

Aquel diminuto trozo de metal no se movía del suelo.

Pensando que los trozos menores, había de muy diversos tamaños, serían más fáciles de mover, Nelson y los demás intentaron vanamente hacerse con Uno de aquellos pedazos que tan misteriosamente estaban unidos a la pista. Sintiendo ya que la cólera se apoderaba de él, Maurice se volvió hacia uno de los jefes de la Base.

—Ordene que se traiga la grúa y un equipo de hombres. Quiero llevarme uno de estos trozos a Washington.

—¡A la orden, señor!

Fue bastante fácil para los muchachos que llegaron en el camión-grúa, perforar alrededor del trozo que primeramente habían intentado mover los jefes, pasando las fauces de la pinza por debajo de los bordes, ya que no lograron mover el metal a fuerza de brazos.

Puesto en marcha el motor, la cadena empezó a tirar, cada vez más tensa, hasta que saltó hecha pedazos, hiriendo levemente a dos de los soldados. Inmediatamente, Nelson ordenó detener todas aquellas intentonas, dando instrucciones para que se hiciese venir, a la mayor brevedad, un equipo potente que lograse atrapar uno de aquellos trozos que interesaban, cada vez más, a Maurice.

Se hicieron fotografías, mediciones y cálculos, prometiendo el jefe de la Base remitir telegráficamente a Nelson, cuando éste estuviese en Washington, la totalidad de los informes que quedaban por completar, así como un trozo de aquel rebelde metal, que le enviaría por avión.

Pero, a pesar de todo aquello, la frente de Nelson estaba arrugada

profundamente y su ceño no se desfrunció durante todo el viaje a la capital de los Estados Unidos.

* * *

Un escalofrío de horror recorrió la espalda del joven Springer. Solamente ahora, cuando las puertas se habían cerrado tras él, se daba cuenta de la terrible imprudencia que había cometido. Sencillamente había sido un verdadero suicidio, una acción de la que no podría arrepentirse jamás, porque nunca saldría de allí vivo.

Se precipitó locamente, salvajemente, contra las puertas intentando abrirlas al tiempo que gritaba como un poseso. Mas todos sus esfuerzos fueron completamente inútiles y dejó de forcejear, dándose cuenta de lo infantil de su desesperación.

Sin que el horror de su situación le abandonase, su sentido común se impuso, al mismo tiempo que su inteligencia. Así, después de tranquilizarse, gracias a un cigarrillo que fumó sentado en el suelo, sin dejar de examinar su estado con la mayor imparcialidad, llegó a la conclusión de que a pesar de que todo aquello era verdaderamente espeluznante, debía esforzarse en encontrar una solución, aprovechando el menor detalle para escapar.

Recorrió la astronave, en lo que podía llamarse “primer piso”, ya que por toda comunicación entre éste y los otros superiores, no había más que una especie de un tubo, completamente liso por dentro y por donde ningún ser humano hubiese podido subir.

Por otra parte, lo que hubiese podido calificarse corno “habitaciones” o “cámaras”, no tenían nada de común con algo que recordase las utilizadas por los hombres. Ni un mueble, ni utensilio, salvo los aparatos de control que estaban adheridos a las paredes del interior de la astronave.

¿Cómo podían ser aquellas extrañas criaturas?

Desde luego, nada podían tener de común ni con los fantásticos sueños del más exagerado novelista, Dwight se daba cuenta, por lo

que iba observando, que, después de todo, la astronave no era más que una esfera casi completamente hueca y dividida, por sencillos paneles metálicos, en una serie de pisos que no estaban unidos más que por un tubo en cuyo interior no era posible encontrar nada que explicase su funcionamiento.

Pero, después de pensar en todo aquello, cosa que indudablemente le distrajo un tanto, distanciándole de su verdadero problema, éste volvió a instalarse en su cerebro, recordándole con horror su espantosa situación.

La ansiosa búsqueda de una posible salida le decepcionó por completo. Nada había allí que constituyese la menor solución de continuidad que permitiese huir de aquel horroroso encierro. Lo peor de todo era el pensar que, más tarde o más temprano, los marcianos volverían, regresando de su viaje de inspección y que se encontrarían con su primer prisionero. El primer hombre que tendrían, por completo, a su disposición.

¿Qué harían con él?

No era fácil imaginarlo. Pero, de todas maneras, las perspectivas no eran, ni mucho menos, halagüeñas para él. Lo más seguro era que intentasen estudiarlo, hablar con él y hasta realizar experimentos con su persona para descubrir el lado débil de la naturaleza humana, de forma de poder combatir con el resto del mundo…

El miedo fue penetrando en él insidiosamente hasta convertirse en una sensación intolerable, en algo que le impulsaba a gritar, a golpear las paredes metálicas de la astronave, a rogar, a insultarse por la estupidez tremenda que había cometido, a rezar fervorosamente para que ninguna ele las tristes amenazas que se imaginaba se produjesen.

De repente…

¡No! ¡No era posible! Aquella puerta no debía abrirse así, tan sigilosamente, tan tremendamente despacio… Sin que nada visible penetrase por ella…

Él estaba dispuesto a ver lo que fuese… a contemplar las criaturas más alucinantes que se pudiese imaginar la mente de un loco. Él esperaba ver monstruos, con una cantidad increíble de cabezas, de brazos, de piernas. Seres en forma de insecto o de araña. Cualquier cosa que se pudiese ver. Pero, lo que no esperaba nunca; lo que, aún

ahora mismo, sobrecogido de terror, no deseaba que fuese, era aquello... que por la puerta abierta no pasase, aparentemente nadie, cuando, en realidad, estaba seguro que los marcianos estaban penetrando en el interior de la astronave…

Pegando la espalda al muro más próximo y con los ojos desorbitados, intentó percibir algo que pudiese alejar las fantásticas ideas que se estaban apoderando de su mente. Algo que le permitiese tener un miedo concreto. Un terror que pudiera aplicar a cualquier cosa...

¿Por qué sentía, inopinadamente, aquel extraño frío?

La temperatura del interior de la astronave, que encontró sofocante al penetrar en ella, había descendido brutalmente, y Dwigth no se extrañó nada al oír el castañeo de sus dientes. En realidad, era incapaz de dominar las reacciones de su organismo y al mismo tiempo que temblaba sin cesar, un sudor frío perlaba su ardiente frente, mientras sentía en sus sienes el martilleo atroz de los latidos de su sangre.

Estaba seguro que los marcianos le estaban contemplando curiosamente. Que aquellas misteriosas e invisibles criaturas lo estudiaban, tranquilamente, como cualquier estudiante de Biología hubiese observado el paso de los microbios a través del objetivo del microscopio.

¿Qué estarían pensando de él?

Allí estarían, protegidos por su invisibilidad, dictando su porvenir y de lo que “ellos” estuviesen pensando ahora, en aquellos instantes, dependería si debía o no vivir. Más exactamente, si viviría dentro de unos minutos o si, pasados unos segundos, tendría que morir irremisiblemente.

Era algo completa y definitivamente insoportable. Una sensación con la que jamás, hasta aquel momento, se había enfrentado ser humano alguno. Era él el primero en hallarse frente a los marcianos, observado curiosamente y considerado, sin duda alguna, como un enemigo peligroso que había osado penetrar en la astronave de los conquistadores de la Tierra.

Por encima del pánico que le atenazaba completamente, Springer se percató claramente de que la temperatura del interior de la astronave se estaba elevando de nuevo. Poco a poco, la sensación de

calor fue aumentando gradualmente hasta alcanzar, con una intensidad cada vez mayor, el ritmo de la respiración del joven. Pero, cuando creía que el calor llegaría a ahogarle por completo y sentía los latidos alocados del corazón, que parecía querer saltársele del pecho, un frío súbito y extraordinariamente intenso, sucedió al calor, produciéndole, casi inmediatamente, fuertes e irreprimibles escalofríos.

Y entonces ocurrió lo extraordinario…

Al principio no fue más que una especie de nebulosidad vaga, algo difícilmente discernible, una bruma que parecía flotar dulcemente sobre el suelo. Pero luego, lentamente, aquella niebla fue condensándose, más y más, hasta adquirir un contorno progresivamente más concreto y convertirse finalmente…

—¡No!… ¡No!…—gritó Dwigth con los ojos desorbitados.

Dos esferas, la superior más pequeña que la inferior. Dos horrorosas esferas, unidas por un estrecho conducto, de unos diez centímetros de longitud. Dos esferas que parecían encerrar órganos y vísceras cuyos movimientos y latidos eran perfectamente visibles a través de la piel completamente transparente.

Una visión de horror, como si pudiera contemplarse un organismo humano vivo, palpitar y mecerse en aquel desagradable y repugnante mover de las vísceras, escurriéndose o deslizándose por entre pliegues grasientos. Pero, además y como “sumum” de aquel horror, un rostro donde la transparencia alcanza límites insospechados de asco.

Unos ojos que eran, a la vez, ojo, retina, humores y fluidos y, al fondo, la grisácea masa del cerebro que también latía a un ritmo lento. La boca dejaba ver, a su través, el fondo moviente del esófago, las glándulas apretadas bajo la lengua y en las mejillas…

En el tórax ocurría igual y lo que más pavor causaba era ver aquel corazón, débil, pequeño, frágil, latir, latir y latir…, pareciendo, a veces, que iba a detenerse definitivamente de un momento a otro.

El cuerpo de aquellas criaturas estaba formado por las dos esferas, el fino tallito de carne que las unía y una especie de raros filamentos, finísimos, que Dwigth descubrió al fijarse mejor. Todo aquello le causaba una horrorosa sensación de náuseas que, finalmente, no pudo resistir.

Los marcianos le miraban curiosamente…

CAPÍTULO III

Con serenidad, Bryce Killen, general en jefe del Ejército de los Estados Unidos, escuchó en silencio la larga y documentada información que le estaba leyendo Nelson. Éste, de vez en cuando, lanzaba una rápida mirada a su superior, extrañándose de no poder leer en su rostro la sorpresa que había esperado ver.

Killen parecía completa y absolutamente tranquilo y su mano derecha, que sujetaba entre los dedos índice y pulgar, el consabido habano de costumbre, no experimentaba el menor temblor que tradujese una intranquilidad espiritual de cualquier orden.

Cuando Nelson terminó su lectura y doblando cuidadosamente el informe, lo dejó sobre la amplia mesa del despacho del general, fue con un tono de voz neutro, con el que dijo parcamente:

—Eso es todo, señor.

Por su parte, Killen lanzó una densa bocanada de humo hacia la lámpara que pendía del techo y después de suspirar sonoramente, dijo a renglón seguido:

—Esperábamos algo de eso, Maurice.

Ahora fue el turno de Nelson que se extrañó, entreabriendo la boca sin, no obstante, llegar a decir nada.

—Sí, amigo mío —siguió diciendo el general—. No era raro que se produjese un primer ataque que además no será el último ni el más fuerte. Hace ya cerca de una semana que estamos informados de que los marcianos se proponen invadir la Tierra.

—¿Los marcianos? —balbuceó Nelson.

—Eso he dicho. El profesor Donald del Observatorio Astronómico de Monte Palomar, en Compañía de una verdadera pléyade de sabios, procedentes de casi todas las ciudades de los Estados Unidos, ha descubierto la llegada y el “aparcamiento” de las astronaves marcianas en la Luna, lugar que han escogido como base de operaciones futuras.

—Entonces... esas desapariciones de material.

—-Efectivamente. Todas esas misteriosas desapariciones han sido provocadas por ellos, lo que nos da vaga idea, pero suficientemente gráfica, de sus poderes.

”El presidente ha sido informado y se está preparando un plan defensivo y ofensivo que no tardará en entrar en vigor. Por el momento, el Área Occidental tendrá que contribuir a la evacuación completa de la población civil, de forma a que el Ejército pueda actuar con más soltura.

”En lo que se refiere a usted, amigo Nelson, debe concentrar todas sus fuerzas armadas alrededor de un punto que le será dado inmediatamente y donde ha aterrizado ya una buena docena de esas astronaves. Per el momento, se limitará usted a observar los manejos del enemigo, procurando por todos los medios a su alcance que no amplíe su zona de ocupación. Será, pues, necesario, rodearlos por completo, dentro de una amplia zona, mientras Washington decide el empleo de. las armas más potentes para aniquilarlos.

"Hemos prevenido, además, a los otros países y se puede decir que el mundo entero está ya preparado y dispuesto a defenderse, así como a ayudarse mutuamente cuanto sea necesario.

"Por otra parte, no podemos precipitarnos locamente hasta que no conozcamos correctamente las intenciones de esas criaturas. Por el momento, se han limitado a destruir nuestro armamento, lo que demuestra sin ningún género de dudas que conocen nuestra forma de defendernos, nuestras armas y procedimientos de combate...

"¿Qué más cosas saben “ellos” de nosotros y qué desean hacer en la Tierra?

"Cuando sepamos contestar convenientemente a esas dos preguntas, estaremos en disposición de elegir un camino y una conducta. Por el

instante, debemos vigilarlos, sin demostrarles una actitud demasiado beligerante, pero impidiendo que destruyan más cosas... ¿Entendido?

—Perfectamente, señor.

Horas más tarde, la agrupación de Ejércitos conocida con el nombre de Área Occidental, con cerca de trescientos mil hombres de efectivo, se movía rápida y silenciosamente, rodeando completamente la zona donde se habían posado los marcianos. Fuera de los grupos de "radar", las armas permanecían inactivas, en la espera de que algo ocurriese para empezar a vomitar el destructivo fuego que guardaban en sus aceradas entrañas.

Durante todo aquel día, no ocurrió nada digno de mención.

Nelson, en su puesto de mando de campaña, mantenía contacto constante con todas las unidades a sus órdenes. De todos los hombres bajo su mando, era el más nervioso y el más impaciente por que algo se produjese que pudiese dictarle una norma de actuación. Se daba cuenta perfectamente de la gravedad de la situación y no llegaba a comprender muy bien la pasiva actitud de Washington.

Le parecía ilógica y hasta peligrosa aquella forma pasiva de esperar la llegada de los acontecimientos, sabiendo sobre todo, por la experiencia sufrida, que los marcianos no habían llegado al planeta con intenciones pacíficas, ni mucho menos.

La primera noche estaba empezando y Nelson se encontraba incapaz de conciliar el sueño. Una especie de intuición nefasta le perseguía con la fuerza de una incontrolable obsesión. Estaba seguro que los marcianos no iban a permanecer inactivos y que, sin duda alguna, conocían ya aquellas medidas de vigilancia que había tomado el Ejército.

Hasta cerca de las dos de la madrugada, fumó y tomó innumerables tazas de café, sin llegar a tranquilizarse. Finalmente, cuando se disponía a, echarse un poco, sin desnudarse, su ayudante irrumpió en la estancia que ocupaba.

—¡Señor! Se están recibiendo comunicaciones de todas las unidades, que coinciden en afirmar un brutal descenso de temperatura. Siguiendo sus instrucciones respecto a éste detalle, solicitan órdenes...

¡EL FRIO!

Aquella era la única cosa que parecía anunciar la proximidad de los marcianos y la destrucción del material ...

—.¿Comunica algo el “radar”?

—Absolutamente nada, señor.

Mientras hablaba, Nelson se había puesto su guerrera y encima colocó un chaquetón de cuero, interiormente forrado de piel.

—¡Vamos a la línea de fuego! —gritó.

* * *

Dwight estaba completamente anonadado...

Ante él, condensándose como nubes que tomasen forma, habían aparecido tres de aquellas extrañas y horribles criaturas, cuya altura llegaba apenas a los cincuenta centímetros, Eso., naturalmente, contando las delgadas prolongaciones que surgían de la base de la esfera más gruesa —el cuerpo—y que parecían jugar un papel de piernas y pies.

Había doce de aquellas finas prolongaciones: ocho inferiores, que podían ser llamadas “piernas”, y cuatro superiores, que bien podrían calificarse de “brazos”.

Los marcianos seguían contemplando, con sus sanguinolentos y transparentes ojos al hombre que, a su vez, los miraba aterrorizado, sintiendo que sus minutos debían estar, sin duda alguna, contados.

Avanzando como una monstruosa araña, uno de los marcianos se acercó despacio y con cierta prevención a Springer. Luego, cuando estuvo cerca del humano, alargó uno de los “brazos”, que se terminaba en una esfera de reducido tamaño, empezando a tocar los vestidos del matemático.

El contacto de aquella “mano” aumentó el terror del joven que, no obstante, no se atrevió a hacer el menor movimiento, por miedo a encolerizar al marciano que, por su parte, seguía tocando las vestiduras del terrícola.

A medida que podía contemplar mejor a la criatura que tenía al lado, Springer pudo percatarse de ciertos detalles que, indudablemente, no formaban parte del cuerpo del marciano y que podían tomarse como instrumentos que llevaba pegados a una especie de ancho cinturón que le rodeaba la esfera más voluminosa. Los instrumentos brillaban con intensidad metálica, pero, como pudo comprobar el joven, debían ser completamente dúctiles, ya que su forma se modificaba al ritmo de los movimientos del cuerpo de quien los llevaba.

El marciano, después de tantear los vestidos de Dwigth, se volvió a sus compañeros, dejando oír una especie de chillidos agudos, mientras, frotaba vigorosamente dos de sus “manos”, cosa que parecía indicar que los sonidos eran producidos por aquella maniobra.

¿Cómo pudo Springer decidirse, repentinamente, a hablar?

Fue, con toda seguridad, el mismo miedo el que le empujó a intentar cualquier cosa que crease entre él y aquellas indecibles criaturas, un lazo de comunicación tremendamente necesario. El joven comprendía perfectamente que si seguía manteniéndose en una actitud que parecía completamente hostil, no lograría absolutamente nada.

Se había percatado, suficientemente, de que los marcianos poseían una inteligencia especial y estaba casi completamente seguro de que, por su parte, no ignoraban que los habitantes de la Tierra también eran inteligentes. Lo más posible era que “ellos” supiesen muchas cosas sobre los humanos.

—¡Me llamo Dwigth! —exclamó sin, no obstante, elevar mucho la voz-. ¡Me llamo Dwigth Springer y soy profesor de Matemáticas!

Ei que había empezado a "hablar” con sus compañeros se volvió hacia el joven, volviéndose a acercar lentamente, con aquel desagradable mover de sus ocho “piernas”.

Durante un par de minutos, contempló fijamente al hombre, que sintió, una vez más, aquel sudor frío que expresaba su terror. La fijeza

de la mirada del marciano podía suponer muchas cosas y, desgraciadamente, sumamente desagradables para él.

Repentinamente, el marciano levantó dos de sus “manos”, frotando vigorosamente aquellas esferas en que terminaban sus “brazos”. Al principio, no surgieron más que los agudos chillidos que el joven acababa de oír. Pero, de repente, aquella modulación aguda fue cambiando de tono hasta ir tomando el aspecto de una voz humana, la voz de una contralto que, a su vez, fue descendiendo en la escala, convirtiéndose, finalmente, en un barítono perfectamente comprensible.

—¡Tú te llamas Dwigth Springer!

Era realmente fantástico. Algo que el joven no esperaba escuchar jamás. Parecía completamente imposible que el choque de aquellas dos diminutas esferas pudiese tornarse en una voz que, indudablemente, era humana. Una voz que, además, se expresaba claramente en inglés…

Lo que más asombró a Springer fue la frase que acababa de brotar de las esferas. Después de todo, hubiese llegado a considerar posible que el marciano llegase a reproducir el sonido y las palabras que él había dicho. Pero, la criatura había utilizado una nueva palabra: “tú”, que el joven no había mencionado.

Pasados los segundos de admiración y sorpresa, el sentido común dictó al profesor una línea de conducta, a la que se afianzó como un náufrago se agarra a un trozo de madera que flota sobre el Océano. Era aquella la única manera de hacer comprender a los marcianos de que no le empujaba ninguna tendencia agresiva y que lo único que deseaba —¡y con qué ardor! —era salir de allí y volver a su casa.

Así lo explicó, repitiendo constantemente sus frases y hablando muy despacio, como lo hubiese hecho con un extranjero que no comprendiese bien el inglés.

Evidentemente, el marciano prestaba una atención intensa a las palabras que brotaban de los labios de su interlocutor. Pero, como la vez anterior, tardó varios minutos en contestar, logrando el tono de voz pertinente en mucho menos tiempo que antes.

—No vas a poder salir de aquí, por ahora. Pero no tengas miedo, que nada malo te ocurrirá. Si lo deseas, puedes ir a tu casa,

acompañado por uno de nosotros, o solo, para recoger allí lo que necesites.

Nosotros no podemos darte alimentos, ya que no serías capaz de captarlos...

—¿Cómo sabes que tengo una casa?

—Te vimos salir de ella y dirigirte, en tu vehículo, hacia la astronave,

—¿Qué pensáis hacer en la Tierra?

—No lo sabemos aún. Las órdenes que hemos recibido son las de destruir vuestras armas y vuestros medios de locomoción. El Amo no ha llegado aún:..

—¿Puedo ir entonces a mi casa?

—-Cuando lo desees. Pero no intentes escapar, sería completamente inútil.

—Lo comprendo.

La puerta, una de ellas, se abrió casi inmediatamente. El joven salió disparado, respirando con verdadera glotonería el aire exterior. La mañana estaba ya bastante avanzada y un hermoso sol primaveral iluminaba ampliamente todo el bello espectáculo de las tierras floridas.

Sólo entonces volvió Dwigth a sentir la angustia de saber que todo aquello corría un inminente peligro, que aquel mundo donde había vivido el hombre, no percatándose de su grandiosidad, estaba a punto de pasar a la absoluta posesión de los seres horribles que parecían haberse convertido en los más fuertes y, por ende, en los que lógicamente serían finalmente los vencedores.

Corrió hacia el coche, lanzando temerosas y constantes miradas en derredor de él, sabiéndose estrechamente vigilado. Un ansia irresistible de libertad inundaba su corazón, sintiéndose dispuesto a hacer lo que fuese por huir de allí y volver junto a los otros seres humanos.

Por lo que había podido deducir, al “habla” con los marcianos, él era el único hombre que debía haber quedado por aquellos contornos. Su amor por la soledad le habla empujado a comprar aquella, aislada casita donde podía reflexionar, en sus días de vacaciones, sin la menor molestia. En aquella región, su hotelito era el único punto habitado en muchas millas a la redonda y solamente él y su criado vivían allí.

¡Thomas!

¡Lo había olvidado por completo! Desde el momento que abandonó la casa, atraído por la curiosidad de ver las astronaves marcianas, no había vuelto a saber nada de su fiel criado, al que ansiaba ahora hallar, sintiendo un gozo inmenso al no encontrarse en aquella terrible situación tan completamente sólo como lo había creído al principio.

Detuvo el vehículo, con un brusco frenazo, ante el porche de su casa, luego, descendiendo de un salto, penetró en el interior de la vivienda sin dejar de gritar:

—¡Thomas!... ¡Thomas! ¿Dónde estás?... ¡Soy yo!

Recorrió precipitadamente las habitaciones de la planta baja, subiendo después al primer piso para realizar una rápida inspección por todas las demás estancias.

Thomas no estaba en parte alguna.

Preocupado y con el ceño fruncido, volvió a recorrer toda la casa, sin dejar de llamar constantemente a su criado. Todo estaba, en orden, como lo había dejado la noche anterior. Solamente algunos detalles le hicieron enarcar las cejas. El desayuno no estaba preparado y el servicio de la noche anterior seguía sucio en la cocina. Por otra parte, el lecho de Thomas estaba deshecho y parecía mostrar que había sido abandonado precipitadamente.

¿Lograría huir Thomas?

De un lado, aquella idea le alegraba, ya que apreciaba mucho a su viejo criado y el saberlo a salvo no era nada que no dejase de agradarle. Pero, desde un punto de vista estrictamente egoísta, hubiese deseado encontrarle, charlar con él y preparar ambos un plan para escapar del poder de las horripilantes criaturas.

Al atravesar, por enésima vez, el “living”, sus ojos se detuvieron en el teléfono y después de lanzar una mirada a su alrededor, se acercó lentamente al aparato descolgándolo con cuidado.

—¿Halló? —dijo una voz lejana.

—¿Con quién hablo, por favor? —inquirió él, a su vez.

—Aquí la central de Los Angeles. ¿Qué desea, señor?

Se dio cuenta, entonces, de que lo que iba a decir le haría calificar como un demento y que aquella señorita ni le escucharía siquiera.

—Muchas gracias—dijo colgando.

Salió al jardín, íntimamente decepcionado y sintiendo que la desesperación y el miedo volvían a infiltrarse nuevamente en su espíritu. Su decisión cíe escapar de allí le pareció, vista desde el ángulo de su pesimismo, completamente irrealizable. No cabía duela alguna que tendría que volver a la astronave, para seguir viviendo en aquel ambiente de loca pesadilla…

Repentinamente, sus ojos se desorbitaron de terror. Acababa de atravesar la plazoleta central del jardín, introduciéndose por una senda apartada por la que solía pasear en sus momentos de reflexión.

Allí, tendido en medio del paseo, yacía el esqueleto de un hombre. Un esqueleto espantosamente pelado, como esos que se venden para los estudiantes de Medicina. No quedaba sobre aquéllos huesos blancos la menor muestra de carne y, sin embargo, se despedía de allí un indefinible olor “humano”, algo que no se podía calificar claramente, pero que incitaba a considerar “a aquello” como algo relativamente reciente.

No lejos de aquellos macabros restos, se veían trozos de ropa a los que el joven se acercó con prevención. Lentamente, a un compás progresivo, fue abriéndose en su mente la cegadora luz de la verdad, de todo lo que representaba aquel esqueleto y de lo que significarla, para el mundo entero, a partir de aquel preciso instante.

¡Acababa de descubrir que los marcianos eran antropófagos!

CAPÍTULO IV

Aquel oficial enarcaba las cejas y se ruborizaba cada vez con mayor intensidad, percatándose de que su situación ante los centinelas que hacían verdaderos esfuerzos por. no estallar en carcajadas, estaba pasando de los límites de lo ridículo para entrar, llanamente, en lo bufón.

Los gritos de la joven que tenía ante sí le perforaban los tímpanos y por si aquellas voces escandalosas fuesen poco, la muchacha estaba haciendo lo imposible por cubrirle de un ridículo que el batallón no olvidaría jamás.

—Pero... señorita... —decía con voz suplicante.

—¡Ya le he dicho mil veces que su actitud es completamente ridícula, teniente! ¡Debo ver al comandante Nelson y lo lograré, sea como sea!

Glynda Patterson tenía los ojos brillantes por la cólera que le embargaba, arrebolado el rostro y una mecha de sus negros cabellos parecía dispuesta a juguetear por su frente, llegando con su punta hasta el ojó derecho, lo que aumentaba indudablemente la belleza de la joven.

—Pero... señorita.

—¿Es que no sabe usted decir otra cosa, teniente? Creo haberme explicado con la suficiente claridad; al menos con la necesaria para que un oficial de Estado Mayor me comprenda. ¡Deseo saber lo que le ha ocurrido a mi prometido! Es más, deseo igualmente que se me dé un pase para llegar hasta el hotelito de Dwigth al que, en modo alguno, permitiré que me acompañe usted.

—Todo eso es imposible, señorita. El Ejército rodea esa zona y le aseguro que ningún ser humano ha quedado en ella. Su prometido

debe hallarse en otra parte.

—¡Eso es una opinión muy suya, señor mío, pero que yo no comparto en absoluto! Sepa usted que cuando he intentado telefonearle, desde Los Angeles, una telefonista me ha informado que él mismo llamó no hace aún tres horas. ¿Me comprende?

El tono de voz de ambos se había ido elevando, poco a poco, hasta adquirir categoría desusada en aquellos lugares. Casi inmediatamente, la puerta del Estado Mayor se abrió, dando paso a un Nelson cuyos ojos también brillaban coléricamente.

—¿Puede saberse qué diablos pasa aquí? —tronó.

Las mejillas del teniente se enrojecieron aún más y los centinelas, que ya no podían resistir más, volvieron la cabeza, ahogando en su mano la risa que brotaba irremediablemente de sus gargantas.

El teniente, con un balbuceo que no decía nada bueno de su seguridad ante un jefe, explicó, de una forma bastante liosa, las pretensiones de la joven que, armada de paciencia y haciendo lo imposible por mantenerse seria, no dejaba de mirar a Nelson.

Éste, después de intentar vanamente comprender lo que le estaba diciendo el oficial, pareció al fin captar el fondo del asunto y volviéndose hacia Glynda:

—Perdone, señorita, pero creo que usted no podrá comprender lo que ocurre. Es un asunto completamente secreto y el Ejército no puede autorizar que nadie, absolutamente nadie, penetre en esta zona acotada,

Glynda apretó los puños con fuerza.

—Creo —dijo con voz serena —que no me he presentado aún. Me llamo Glynda Patterson y soy la secretaria particular del profesor Donald, del Observatorio Astronómico de Monte Palomar. Ni que decir tiene que conozco lo que ocurre bastante antes que el propio presidente de los Estados Unidos. Y les aseguro que ya no es una cosa muy secreta que los marcianos...

—i De acuerdo!... ¡De acuerdo! —cortó vivamente Nelson—. Haga el favor de pasar, señorita Patterson.

No era conveniente que los soldados supiesen demasiado y era evidente que aquella muchacha encolerizada sería capaz de dejar ir sus palabras hasta cosas que Nelson no deseaba dar a conocer a sus tropas.

Precisamente, la noche anterior había vuelto a ocurrir aquella catástrofe y junto a la oleada de frío, habían desaparecido, convirtiéndose en aquellos misteriosos trozos metálicos, el noventa por ciento de las armas disponibles en aquel sector.

Nelson empezaba a estar un poco más que harto de todo aquello, mostrándose decidido a actuar por su cuenta y pasar a la ofensiva, en cuanto recibiese el material bélico que había solicitado con urgencia.

—Siéntese, por favor, y tenga la amabilidad de explicarme, despacio, lo ocurrido.

Glynda obedeció, observando cómo el rostro de Nelson se iluminaba, dando muestra de un interés enorme hacia el fin del relato.

—¿Está usted segura de que la telefonista de Los Angeles dijo la verdad?

—Eso me parece, señor. De todas formas, es una cosa que puede comprobarse fácilmente. Tengo el nombre y el número de la empleada: se llama Wolsley y es la 2.356…

—Espere un momento.

Salió Nelson, dirigiéndose hacia el departamento telefónico, donde dio unas instrucciones, esperando impaciente junto a los aparatos, mientras fumaba un cigarrillo.

Cinco minutos más tarde, estaba de regreso junto a Glynda.

—Tenía usted razón, miss Patterson. Su prometido, o alguien desde el mismo número, llamó a Los Angeles, manifestando después que no necesitaba nada.

—Y… ¿qué piensa usted hacer, señor Nelson?

Maurice se frotó enérgicamente la barbilla. Era éste un gesto que demostraba en él más descontento

—No lo sé. Naturalmente que me alegra infinito el que un ser humano venga a demostrarnos que los marcianos no desean atacarnos “personalmente”. De lo contrario, hubiese sido su prometido el primero en sufrir las consecuencias de esta extraña y paradójica invasión.

”Es probable que usted no pueda comprenderme, pero lo cierto es que Washington está plenamente convencido de que los marcianos no han llegado con intenciones belicosas y que si han destruido nuestro material de guerra, no ha sido más que en una demostración “pacifista”...

"Esto, aunque no me crea, me enfurece terriblemente, ya que mi deseo hubiese sido atacar, con tiempo, puesto que no pasan de media docena las astronaves que han aterrizado. Destruidas éstas, el enemigo empezaría a convencerse que su proyecto de invasión a la Tierra no va a ser un simple paseo militar. Pero, si en realidad, los marcianos no intentan nada malo, tendremos que soportar esta absurda situación hasta que podamos “conversar” con nuestros ilustres visitantes...

”No me gusta nada todo esto, miss Patterson, se lo aseguro. En cuanto se refiere a su prometido, voy a Intentar comunicar telefónicamente con él, si las líneas no han sido cortadas por los marcianos, cosa posible, ya que pueden ignorar, por el momento, la utilidad del teléfono. Si logro hablar con mister Springer, nos pondremos de acuerdo para ir a buscarle inmediatamente.

Ella, en contra de lo que esperaba Nelson, no sonrió siquiera. Permanecía seria y profundamente ensimismada.

—¿Hasta dónde llegan las vanguardias del Ejército? —inquirió repentinamente.

—A unas cien millas, aproximadamente, del emplazamiento de la mansión de su prometido. ¿Por qué esa curiosa pregunta?

—Por nada, señor Nelson.

Se había levantado y con una forzada sonrisa en los labios:

—Muy agradecida por todo. Adiós.

Nelson no se quedó nada convencido de aquel brusco cambio de

actitud. La fierecilla de hacía un rato se había ablandado demasiado súbitamente para que todo aquello fuese sincero.

Pero, después de todo, la actitud de Patterson no era una cosa que le interesara personalmente. ¡Demasiados problemas tenía encima para dejarse llevar por las reacciones de una muchacha enamorada!

Un vez que Glynda hubo salido de la estancia, se encogió olímpicamente de hombros, dirigiéndose seguidamente a la cámara de transmisiones, donde se enfrentó con el capitán que dirigía aquellos servicios.

—Ordene que se llame inmediatamente y sin interrupción al 226, dependiente de la central de Los Angeles. En cuanto obtenga respuesta, llámeme.

Otra vez en su despacho, de nuevo se dejó caer pesadamente en su sillón, detrás de una mesa embarazada de planos y papeles.

Intentaba vanamente llegar a una conclusión de todo lo que le torturaba, sin descansó, haciéndole arder la cabeza. Comprendía, sin gran esfuerzo, la actitud expectante de Washington y su deseo de no declarar una guerra abiertamente contra alguien que constituía un poder completamente desconocido. Sabía también que el Gobierno estaba en relación íntima con todos los del Globo, y que la Humanidad estaba forjando sus planes para contestar adecuadamente a cualquier intentona marciana que tomase un camino violento.

Pero todo aquello no legraba satisfacerle más que a medias. Intuía el peligro horrendo que la llegada de seres procedentes de otro planeta planteaba al mundo civilizado y, a pesar de todos los razonamientos fríos que se iba haciendo, no lograba, en manera alguna, alcanzar el estado de tranquilidad que tanto necesitaba.

Inopinadamente y cuando se hundía dulcemente en una somnolencia a la que le había conducido su extrema fatiga de aquellas noches de forzado insomnio, alguien llamó insistentemente a la puerta.

—¡Pase!—gritó malhumorado por aquella inesperada interrupción.

Un oficial ayudante entró como una tromba.

—¡Señor!

—¿Qué ocurre?

—Un helicóptero ha pasado sobre las líneas, dirigiéndose hacia la zona acotada.

—¿Quién era el loco que lo conducía?

—Una mujer, señor.

—¿Una mujer? ¿Es que no se ha hecho nada por detenerla?

—Fue completamente imposible, señor. Ya sabe que no poseemos ni un solo aparato... Se le intimó por radio a que volviese, pero se negó a hacerlo, enviando un extraño mensaje como toda respuesta y dirigido a usted.

—¿A mí? ¿Qué clase de burla es esa?

—Aquí lo tiene, señor —añadió el otro alargándole un papel.

Nelson, temblando de cólera, echó una rápida ojeada a lo que allí estaba escrito.

¡Ahora lo comprendía todo!

> "Querido señor Nelson. Voy a intentar hacer alguna cosa positiva por Dwight. Sus procedimientos me han parecido demasiado lentos y he preferido tomar la iniciativa.
>
> Afectuosamente suya,
>
> GLYNDA PATTERSON."

* * *

El descubrimiento que acababa de hacer le dejó anonadado, sin

respiración, como bajo un fulminante "shock" que le impedía hasta pensar cualquier cosa. Lentamente y merced a un esfuerzo de recuperación verdaderamente sobrehumano, fue saliendo de aquel marasmo, sin poder saber jamás cuánto tiempo había permanecido como hipnotizado ante los restos del pobre Thomas.

No quería ni pensar en los padecimientos y torturas por las que hubo de pasar antes de llegar a aquella espeluznante muerte. Una sola idea sobre aquello y sentía flaquear sus piernas, como si un desmayo inminente le amenazase.

Al recordar, ahora con una angustia intolerable, los momentos que había pasado con "ellos", los cabellos se le erizaban de horror. Luego, a medida que pudo plantearse las primeras preguntas, que hacía tiempo le quemaban los labios, se preguntó el porqué no le habían devorado a él.

Lanzó una medrosa ojeada a su alrededor. Sabiéndolos perfectamente invisibles, por un procedimiento que ignoraba completamente, se imaginaba constantemente vigilado y temía que al menor movimiento sospechoso, por su parte, se lanzaran sobre él, convirtiéndole, en pocos minutos, en algo semejante al espectáculo macabro que yacía a sus pies.

Fue retrocediendo con precaución hacia la casa, procurando hacerlo lo más normalmente posible y con un horror que se leía en su rostro, a pesar de los denodados esfuerzos que hacía para aparentar una tranquilidad, que estaba muy lejos de sentir.

¡Antropófagos!

Debía haberse imaginado algo semejante, nada más que contemplar las horripilantes criaturas; aquellas dobles esferas completamente transparentes y que dejaban ver, a través de su piel, el repugnante movimiento de sus vísceras.

Una vez en el living, se sorprendió pensando en la manera de escapar de "ellos", de parapetarse en algún lugar donde no pudiesen hallarle y de comunicar, de cualquier forma, con los hombres que, seguramente, vendrían velozmente a buscarle.

Con precipitación, reunió cuantos víveres halló en la cocina, llenando después grandes garrafas de agua. Subió luego a su habitación, apoderándose de tres cartones de cigarrillos y cerillas

suficientes. Más tarde, después de echar una última ojeada a las habitaciones de la planta baja, donde la temperatura demostraba la no existencia de “observadores” marcianos, descendió al sótano, cerrando sólidamente la trampilla, con el doble cerrojo que tenía en la parte interior.

No se hacía muchas ilusiones de las probabilidades de éxito de aquella huida, pero era mucho más fuerte que nada el deseo de poner entre los marcianos y él, la mayor cantidad de distancia y de obstáculos.

Aquella noche fue, particularmente horrorosa. Sin poder conciliar el sueño, fumando ininterrumpidamente, creía oír, a cada momento, extraños ruidos que se producían sobre su cabeza, ora en el hall, ora en el living o por otras habitaciones de la planta baja.

Le parecía sentir moverse a aquellas repugnantes criaturas, sobre sus ocho patas tentaculares, buscándole ansiosamente y, con toda seguridad, presas de un voraz apetito que no habían podido saciar en parte alguna. Le buscaban por todas partes, lanzando aquellos gritos agudos con los que se entendían y frotando coléricamente las dos mazas en que terminaban dos de sus horribles “brazos”.

Dwigth temblaba como agitado por un acceso de fiebre. Sus dientes castañeaban sin descanso y un sudor helado perlaba su frente. Le parecía sentir, a cada instante, la trampilla que cerraba el sótano saltar en pedazos y aparecer, al mismo tiempo que aquel espeluznante frío, los marcianos que descenderían junto a él, mirándole intensa y fijamente, mientras se relamían ante la perspectiva de un horrendo banquete.

Inopinadamente…

Springer dio un salto formidable y su corazón empezó a latir con furia, mucho antes de que pudiese identificar el sonido que llenaba toda la casa.

¡Era el teléfono!

El teléfono que repiqueteaba con una intolerable insistencia, pareciendo sonar mucho más fuerte que jamás, en la casa completamente vacía. El temblor metálico del aparato llenaba todo, amplificándose con el eco, invadiendo el silencio y sonando y sonando como una llamada de angustia, como algo que iba a terminarse, al

mismo tiempo que la esperanza, de un momento a otro.

—¿Por qué no acudirá Thomas? —se preguntó el joven en voz alta, sin saber lo que se decía.

Pero, casi inmediatamente se percató de la monstruosa idea que había atravesado por su cerebro, al tiempo que empezaba a temer volverse loco. Volvió a ver, con los ojos de la imaginación, el pelado esqueleto del jardín que estaría ahora bajo el negro manto de la noche, con aquella postrer mueca de la calavera.

¡Pobre Thomas!

Seguía sonando el teléfono y Dwigth empezaba a pensar que su salvación estaba unida a aquella insistente llamada, a la que debía contestar por encima de todo su terror, indudablemente, alguien deseaba saber de él, conocer su situación para correr apresuradamente a remediarla.

¿Y si se trataba de un ardid de los marcianos?

El joven estaba plenamente convencido de la fabulosa inteligencia de aquellas criaturas demoníacas. El que el marciano que compartió con él, fuese capaz de expresarse rápidamente en inglés, demostraba claramente que estaban dotados de facultades completamente fuera del alcance de los hombres. ¿Telepatía? ¿Lectura del pensamiento? Springer no lo sabía con certeza, pero la demostración había sido lo suficientemente explícita para temer a sus enemigos como un hombre consecuente con las realidades.

El teléfono…

¿Quien podría ser exactamente?

Quizás fuese la señorita de Los Ángeles que, extrañada m obtener comunicación de una zona ocupada por los marcianos, hubiese informado a alguien que, a su vez, intentaría saber si se podía hacer aún algo por el desdichado habitante de aquella casa alejada de todo punto habitado.

Tenía que contestar, jugarse el todo a cara o cruz, arriesgarse a enfrentarse de nuevo, con las horripilantes criaturas. Era verdad que muchas cosas podían depender de aquella llamada telefónica y

Dwigth, cada vez que pensaba más en ello, sentíase más decidido a afrontar los horribles peligros que podía hallar en el piso de encima.

Descorrió suavemente los cerrojos de la trampilla, procurando hacer el menor ruido posible. El corazón le latía con una velocidad angustiosa, al tiempo que temía que el teléfono dejase de sonar cuando ya estuviese cerca del aparato. La oscuridad reinante en las habitaciones era completa, ya que la luna había cambiado de cuarto y su luz apenas si lograba desgarrar el denso celaje de las nubes.

El timbre continuaba su monótona llamada.

Avanzó, sobre las puntas de los pies, encogido, deseando hacerse pequeño, invisible, mientras el sonido del teléfono le taladraba la cabeza. Finalmente, movido por una brusca oleada de impaciencia, avanzó resueltamente, atrapó, con nerviosa y temblorosa mano, el microteléfono, no atreviéndose aún a llevárselo al oído. Lo hizo después de lanzar una mirada inquisitiva a la oscuridad que le rodeaba. Inmediatamente, oyó la lejana voz que sonaba en el auricular.

—¿Es mister Springer?

Le extrañó bastante que se tratase de una voz de hombre, ya que se esperaba la de la telefonista de Los Ángeles. Cubriendo el micrófono con la mano izquierda, de modo que su voz sonase lo menos posible, repuso:

—Sí, soy yo. ¿Quién es ahí?

—Un momento, por favor, le van a hablar.

Habiendo cesado el repiquetear del timbre del teléfono, el silencio de la casa se hizo más denso, como si desease fundirse con aquella oscuridad tenebrosa que parecía dispuesta a forjar los más horribles peligros.

Y Thomas en el jardín...

¿A quién habrían ido a llamar? El joven estaba aterrado y su atención se vertía más hacia ¡o que! le rodeaba que hacia el aparato que mantenía entre sus manos convulsas.

—Halló! —balbuceó impaciente.

Pero nadie le contestó; la persona a la que debían haber ido a llamar no estaba cerca del lugar donde se hallaba el teléfono.

Fue entonces, mientras esperaba, cuando oyó perfectamente el sonido que producía al abrirse la puerta trasera de la casa.

¡Alguien estaba intentando cogerle desprevenido por la espalda!

CAPÍTULO V

En el primer momento, Glynda había pensado dirigirse sola en ayuda de Dwigth. Estaba segura que el joven se encontraba en una difícil situación, y era aquel un momento en el que una mujer enamorada como ella, debía demostrar la sinceridad de su cariño hacia el hombre que debía convertirse en su esposo. Pero, pensándolo mejor, le pareció que no le vendría mal la compañía de un varón que, mucho mejor que ella, podría hacer cara valientemente a cuanto se interpusiera en el camino hacia ¡a alejada mansión del matemático.

En el fondo de su alma, no le parecía nada honrado y deportivo el requerir la ayuda de un hombre que, en el plano amoroso, era el único serio competidor de su prometido. Pero, después de todo, las circunstancias eran, por demás, extraordinarias y tanto uno como otro comprenderían su punto de vista de mujer.

Había llamado telefónicamente a Geoffrey, instándole para que viniese en su busca, no olvidando de venir en el "helicóptero" del joven, que ella conocía muy bien, ya que lo había utilizado en varias ocasiones. Había citado al muchacho en un punto bastante alejado del Puesto de Mando de Nelson y cuando el aparato se posó junto a ella y Conant descendió de la cabina, Glynda, sin lágrimas ni gestos inútiles avanzó bacía el joven,

—¿Qué te ocurre, pequeña? ¿Por qué me has llamado con tanta urgencia?

—Deseo que me ayudes a buscar a Dwigth, Geoffrey.

—¿Quieres decir que esa inutilidad de matemático se ha perdido? ¿No tendrás miedo de que se lo haya comido el Lobo Feroz, verdad?

—¡No es cosa de broma! Springer se encuentra en su pequeña casa de vacaciones, en plena zona ocupada por los marcianos. Hace un par de días que una señorita de la Central telefónica de Los Angeles, habló con él y se extrañó muchísimo de ser llamada sin motivo. Indudablemente, Dwigth intentó señalar o avisar de algo, viéndose imposibilitado a hacerlo por alguna causa que ignoramos.

El ayudante de Donald se había puesto súbitamente serio. Comprendía, sin ningún género de dudas, la situación en que se hallaba Glynda y la categoría de ayuda que solicitaba de él. En aquellos momentos, Dwigth había dejado de ser el "odiado" y envidiado rival para convertirse en algo precioso para ella y que estaba en peligro. Además, Geoffrey conocía personalmente a Springer, al que le unía una cierta amistad y, fuera de la circunstancia de ser el elegido de Glynda —circunstancia naturalmente desfavorable desde todos los puntos de vista—, lo encontraba un muchacho amable, simpático y de gran porvenir.

Muchas veces, al salir juntos con la joven, cuando aún no se habían formalizado las relaciones entre ambos, habían discutido de Matemáticas, de Astronomía, percatándose Geoffrey de la profundidad de los conocimientos científicos del otro.

—¿Vienes o no?

Él sonrió simpáticamente antes de contestar. —¿Cómo le quieres, eh, Glynda? ¡Naturalmente «que te acompaño».

Se lanzó ella al cuello del joven, besándole, mientras él sentía la húmeda caricia de las lágrimas de Glynda sobre sus mejillas.

—¡Gracias, Geoffrey!... ¡Eres muy bueno!

Minutos más tarde el aparato se ponía en marcha, pilotado por el astrónomo, mientras la joven lanzaba constantes miradas hacia abajo, temiendo que algún avión militar les obligase a desistir de sus propósitos.

Naturalmente que ignoraba que los marcianos habían destruido todos les que poseía Nelson en aquel Sector, así como en todos los ocupados por las fuerzas del Área Occidental. Por eso, al sobrevolar los lugares ocupados por el Ejército, sólo recibieron mensajes en los que se les instaba a aterrizar inmediatamente.

—Déjame que conteste yo —dijo Glynda.

A partir de aquel instante la atención de los dos jóvenes se centró en el paisaje que sobrevolaban. Era singularmente extraña aquella soledad absoluta, aquella rara quietud que parecía dar a las cosas un aspecto muerto, abandonado e impregnado de una irremediable tristeza.

—No se ve a nadie —susurró ella.

—Así parece —observó el joven.

Se hablaban solamente para calmar la intranquilidad que se iba apoderando de ellos; una intranquilidad que era como el reflejo de las cosas aparentemente solas y olvidadas, pero que escondían insospechadas “presencias”. En realidad, era una sensación semejante a la que se experimenta al entrar en una habitación en tinieblas, cuando se posee la seguridad de que allí hay alguien.

Anochecía ya cuando divisaron, a lo lejos, la casa de Dwigth.

—¡Allí está! —no pudo por menos de exclamar Glynda.

Geoffrey orientó el aparato hacia la dirección que señalaba la joven, acelerando al máximo con ánimo de terminar cuanto antes aquel molesto y misterioso viaje. Hombre eminentemente práctico, el astrónomo no gustaba de sentirse en ambiente indeciso, prefiriendo la posibilidad de una lucha centra algo tangible y material, a los instantes que acababa de pasar, sobre aquella tierra abandonada y solitaria.

Ya completamente de noche se posó en las cercanías de la mansión, procurando después llevar el helicóptero hasta un lugar en que permaneciese oculto, sobre todo de las miradas que podían venir del cielo.

—¡Vamos! —dijo ella impaciente.

Pero Geoffrey la cogió fuertemente por el brazo y acercándola hacia si, murmuró en voz baja:

—Escucha, cabezota de todos los demonios, a partir de este instante soy yo el que manda aquí. Me obedecerás, pues, ciegamente y dejarás

a tu corazoncito tranquilo hasta que te encuentres en los brazos de ese matemático desastroso.

"Vamos a avanzar muy despacito y con muchísimo cuidado. Yo iré delante, empuñando la pistola que no he olvidado de traer. Daremos primeramente una vuelta completa a la casa, penetrando después en ella cuando estemos plenamente convencidos de que no hay nadie —me refiero a los marcianos, naturalmente—, en el interior. ¿Entendido, Miss Patterson?

—¡Perfectamente, Geoffrey; tú mandas!

—De acuerdo, ¡vamos!

Iniciaron la marcha, describiendo un amplio círculo, que iban haciendo cada vez más pequeño al seguir una imaginaria espiral. Así y sin acelerarse, dieron dos vueltas completas a la cerca, sin dejar de mirar las ventanas que estaban completamente oscuras. La luz de la luna, oculta tras las nubes la mayor parte del tiempo, dificultaba la visión, pero les ayudaba, al mismo tiempo, a permanecer en una zona sombría, indudablemente más que segura.

—¡Mira, es el coche de Dwigth!

Glynda acababa de descubrir el vehículo junto a la entrada de la casa. Indudablemente, su dueño parecía haberlo utilizado y hasta pensaría hacerlo de nuevo al no haberlo vuelto a encerrar en el garaje que estaba abierto de par en par.

—Debe haber salido a algún sitio y regresado después —musitó Geoffrey.

Le extrañaba extraordinariamente aquella libertad, aparentemente absoluta, que el matemático gozaba en una zona ocupada por los marcianos. ¿Habría logrado establecer relaciones amistosas con ellos?

Desechó bruscamente todas las conclusiones científicas que entrañaban la respuesta a aquella pregunta, diciéndose que necesitaba ahora de toda su sangre fría y que no era precisamente el mejor instante para dejarse llevar por cosas de tipo puramente teórico.

Inesperadamente, el sonido del teléfono llegó hasta ellos.

Fue tan súbito aquel ruido que ambos jóvenes, movidos por un idéntico resorte, se refugiaron velozmente bajo la acogedora oscuridad de unos árboles enanos. Allí, arrebujados, siguieron oyendo el estridente timbre del aparato que parecía desgarrar, en un arrebato de locura, el solemne silencio que reinó hasta entonces.

—Es raro —musite Geoffrey.

—Más que raro, es escalofriante —repuso ella temblando vivamente y acercándose a él.

En efecto, aquel repiquetear intenso y desesperado del teléfono, en medio de la oscuridad de la noche, en una zona abandonada totalmente por los humanos y en poder de unos seres llegados de otro planeta, era algo que la palabra horror era completamente incapaz de pintar. Parecía un trozo, el más alucinante, de una de esas inconcebibles pesadillas que se despiertan en las mentes de los locos y que, de vez en cuando, sólo se logra atisbar algo de su espantoso contenido.

De repente, el teléfono dejó de sonar…

—¡Han descolgado! —exclamó vivamente la muchacha—. ¡Ha debido ser Dwight!

—¡Vamos a verlo!

Avanzaron hacia la entrada principal, cuando Geoffrey, siempre precavido, se aferró al brazo de Glynda.

—¿Hay alguna puerta por detrás?

—Sí.

—Demos entonces la vuelta.

Habían atravesado la entrada de la diminuta cerca y procurando aojarse lo más posible de los muros de la casa, enfilaron la pequeña senda que conducía a la parte posterior.

—¿Te das cuenta, Geoffrey, del frío que hace de repente?

Era verdad. Y, por otra parte, completamente antinatural que la

temperatura descendiese tan rápidamente. Apretando la pistola en su diestra y sin soltar a la muchacha, el joven lanzó una inquisitiva mirada a su alrededor.

Pero no había más que sombras, oscuridad y silencio; un silencio que parecía mucho más denso que el de antes, desde que el timbre del teléfono había cesado de sonar.

—Yo abriré la puerta —dijo ella, adelantándose.

El frío, en aquel preciso instante, se hizo realmente intolerable. Al mismo tierno, Geoffrey percibió, sin saber cómo, la intuición de la presencia de alguien a sus espaldas. Velozmente y decidido a todo, se volvió como una exhalación.

* * *

Al oír abrirse la puerta posterior de la casa, Dwight sintió que la sangre se le helaba en las venas...

Sin dudarlo un solo instante dejó caer el microteléfono sobre la horquilla, corriendo desesperadamente hacia la entrada del sótano, que atravesó a una velocidad loca, cerrando con fuerza la trampilla tras de sí.

No se consideró aún completamente a salvo hasta aferrarse convulsivamente a los viejos muebles que se hallaban en el fondo de aquel sótano. Entonces, presa de una horrible crisis nerviosa, lloró amargamente, considerándose terriblemente desdichado, al tener que enfrentarse, completamente solo, contra un peligro verdaderamente desmesurado.

Le hubiese alegrado infinito tener la compañía del pobre Thomas, no importándole nada tener que luchar hasta morir contra cualquier peligro. No era cobarde y él lo sabía, pero aquella espantosa incertidumbre, aquel constante huir y ocultarse; aquella espeluznante amenaza, invisible, traidora, fuera de todo lo imaginable, era capaz de hacer enloquecer al hombre más sensato y decidido.

¡Pasos!...

Ahora oía pasos... pasos humanos... en el piso de arriba. ¿No estaba empezando a perder la razón? Porque era completamente imposible que nadie, absolutamente nadie, estuviese allí. Solamente los marcianos, dueños completos de la región, podían pasearse tranquilamente por sus nuevos dominios. Pero sus pasos, con su repugnante andar, no podían producir aquel inequívoco ruido de pasos humanos.

¡Se estaba volviendo loco!

De repente, una nueva fuerza brotó de lo hondo de su ser; era algo mucho más fuerte que cualquier otra sensación que le dominase hasta entonces. Un deseo incontrolable de actuar, de hacer algo, de luchar, fuese cómo fuese y contra quien fuese, de morir matando y acabar de una vez.

Recordó que llevaba aún la pistola que había recogido, al mismo tiempo que los cigarrillos, de su habitación, cuando subió al regresar de la astronave, antes de descubrir el cuerpo..., el esqueleto de Thomas.

Era imposible que dominase su nuevo estado, la fuerza que se había apoderado tan súbitamente de él, le impelía hacia arriba, le hacia salir del sótano para buscar cara a cara una muerte mil veces más deseable que aquella intolerable existencia...

Atravesó el espacio que le separaba de la trampilla, después de subir los pocos escalones que conducían a ella y no dudó ni un solo momento en abrirla, de un poderoso tirón en los cerrojos, saliendo de un salto al exterior.

Fue entonces cuando aquel espantoso alarido resonó en el silencio que le envolvía, junto a las tinieblas cada vez más densas. Un grito cuya voz le hizo estremecer hasta lo más hondo, ya que aquella voz estaba íntimamente grabada en lo hondo de su alma.

—¡Glynda! —gritó roncamente.

Subió, de cuatro en cuatro, los escalones que le separaban del piso superior. El silencio que se había hecho, después del horroroso grito de la muchacha, era mucho más impresionante que nunca.

—¡Glynda! —tornó a gritar desesperadamente.

Ya no le importaban nada los peligros y amenazas que pudiesen surgir de cualquier lugar y en cualquier momento. Si los marcianos desconocían los resortes de potencia que guardaba el alma humana y los que un habitante de la Tierra era capaz de hacer por un ser querido, iban a verlo en seguida.

—¡Glynda!

—¡ Dwight!

El grito procedía de su alcoba y hacia ella se precipitó como una exhalación. La muchacha, cubriéndose el rostro con las manos, estaba junto a la ventana que daba al jardín.

Cuando ella separó las manos de su rostro, Dwight, en el corto espacio de tiempo que tardó en encontrarse en sus brazos, contempló la expresión de horror más alucinante que jamás había visto. También le extrañó que la joven le rechazase con cierta violencia.

—¿Qué te ocurre, querida?

Ella luchaba visiblemente por recobrar el habla que la emoción y el terror parecían haberla quitado bruscamente. En su rostro se leía el esfuerzo que estaba haciendo para decir algo, que debía ser extraordinariamente importante. Finalmente, mientras sus ojos se arrasaban de lágrimas:

—¡En el jardín, Dwight!... ¡En el jardín!... ¡Es horrible!...

De pronto, sonaron disparos de pistola.

El joven, separándose bruscamente, abrió de par en par la ventana, asomándose al exterior.

Casi en seguida los vio...

Eran media docena, seis horribles criaturas que rodeaban casi completamente a Geoffrey, que apoyado en el muro de la casa, disparaba a ciegas contra sus enemigos.

En los segundos que tardó Springer en lanzar una rapidísima ojeada

se percató perfectamente que uno de los disparos del astrónomo, al dar en uno de los marcianos, lo disolvía de extraña manera. Aquel detalle llenó de gozo su corazón, ya que no esperaba encontrar nada de vulnerable en aquellas horridas criaturas.

Volvióse hacia Glynda:

—¡Espérame aquí unos instantes, querida! En seguida subimos...

Ella lanzó sus brazos hacia adelante, intentando detenerle. Pero Dwight corría ya escaleras abajo.

—¡Ten cuidado! —gritó la joven.

Springer no la oía ya. Una vez en el salón, lo atravesó como una exhalación, precipitándose al jardín por la puerta trasera de la casa. Al salir apuntó cuidadosamente al marciano que tenía más cerca, oprimiendo con verdadera furia el gatillo.

La criatura de Marte pareció convertirse, instantáneamente, en una nube de vapor que fue cubriendo, a gran velocidad, su organismo. Uno de aquellos gritos agudos, pero mucho más prolongados que les que había oído Springer, desgarró lúgubremente el silencio que había seguido a la detonación.

Los restantes marcianos miraban fija y estúpidamente a los hombres. Uno de ellos, después de emitir un grito agudo y antes de que Dwight lograse hacer fuego, apuntó al matemático con una especie de pequeño espejo que mantenía entre las dos esferas que le servían de manos.

—¡Cuidado! —gritó Geoffrey.

Pero ya era demasiado tarde. Una oleada de gélido frío cayó sobre el joven que, sin poderlo remediar, se estremeció de pies a cabeza. No obstante, aquella desagradable sensación duró un solo instante. La suficiente para que Dwight se percatase inmediatamente de que su pistola había desaparecido.

Sin embargo, su ánimo de lucha no decreció en nada. La presencia de Glynda le había convertido en una verdadera furia. Pronto se dio cuenta, sin buscar por el momento una explicación lógica a aquel hecho, que la pistola de Geoffrey yacía en el suelo.

De un salto se apoderó del arma, cogiendo también el nuevo cargador que el otro le tendía. Lo cambió en un santiamén, empezando a disparar, sin dejar de moverse velozmente de un lado para otro, de forma a evitar que los marcianos pudiesen hacer desaparecer nuevamente su arma.

Tres criaturas más se desvanecieron en el espacio, bajo la formidable puntería del joven, que parecía un demonio y que estaba dispuesto a vencer en aquella absurda y fantástica lucha.

Luego, cuando los enemigos desaparecieron; cuando retrocedió, aún intensamente emocionado por el vertiginoso curso de la lucha, se fijó, por vez primera, en el brazo derecho de su amigo, que éste mantenía asido con la mano izquierda.

Dwight se estremeció de horror.

¡Los marcianos hablan devorado completamente la mano derecha de Geoffrey!

CAPÍTULO VI

Aunque intensamente preocupado por la locura cometida por aquella impetuosa joven. Nelson veía su atención requerida totalmente por las sensacionales noticias que estaba dando un “speaker” de radio y que demostraban, finalmente, que la tesis de Maurice era la cierta.

“Señores, interrumpimos nuestros programas para transmitir las noticias que acaban de llegar de Europa. La Secretaría de Estado permite que se informe al pueblo de los Estados Unidos de la realidad de la situación en la que se encuentra la Humanidad entera.

"Estamos seguros que algunas informaciones secundarias, originadas en distintas fuentes oficiosas, han llegado ya a los cuatro

puntos cardinales del país, explicando la especial situación de algunos de nuestros Estados occidentales, especialmente California, donde se han realizado varias medidas de seguridad, siendo la más importante la evacuación de la población civil de Los Angeles y, parcialmente sólo, la de San Francisco.

"Todo el pueblo americano conoce ya, de una manera o de otra, que algunas astronaves, procedentes de Marte, se posaron en territorio estadounidense, hace ya cerca de una semana. El Gobierno de los Estados Unidos de América, ignorando completamente las intenciones de esas criaturas extraterrenas, adoptó provisionalmente una actitud pasiva, expectante, en espera que los marcianos hiciesen o dijesen algo que demostrase los verdaderos motivos de sil venida a la Tierra.

"Saliendo al paso de los bulos y fantásticos rumores que se produjeron desde la llegada de las astronaves marcianas, el Gobierno de los Estados Unidos afirma categóricamente que, hasta el momento en que se autoriza la difusión de este mensaje, no se ha producido ni una sola baja que pueda achacarse a esas criaturas de Marte. Las desapariciones de material de guerra, provocadas por mecanismos actualmente desconocidos para nosotros, no han producido la menor herida o lesión en ningún soldado de nuestras fuerzas armadas.

"Por otra parte, nadie podrá decir que los Estados Unidos han hecho ni intentado ningún acto en el que pudiese verse el menor asomo belicoso. Nuestros Ejércitos han permanecido en sus acantonamientos especiales, destinados más a funciones de orden y policía, sin modificar su conducta ante la extraña manía marciana de destrozar el material de guerra, cosa que tomó desde el principio por una forma de hacer patente la actitud pacífica de los visitantes extraterrenos.

"Pero hoy, cuando han empezado a llegar noticias alarmantes de Europa, cuando se sabe, con toda certeza, que los marcianos se proponen la conquista del planeta y que han empezado en Alemania, Suiza, Holanda y Francia a desencadenar una ola de horribles accidentes ferroviarios, de carretera y aéreos, en los que han perecido, según el último informe que nos ha llegado, cerca de medio millón de personas. Cuando ya no queda la menor duda de que se trata de una fase preparatoria que precede a la gran ofensiva marciana, el Gobierno de este país, de perfecto acuerdo con todos los Gobiernos del Mundo, unidos para defender la especie humana, se declara en estado de guerra con los marcianos y ordena a sus tropas que se dispongan para combatir, perseguir y aniquilar a las invasores.

”La población civil deberá colaborar estrechamente con las tropas, ayudándolas y auxiliándolas en cualquier ocasión que éstas lo necesiten, denunciando igualmente a aquellos que por su pasividad o negligencia pongan en peligro la seguridad militar o las vidas de sus conciudadanos.

El himno nacional dejó oír, inmediatamente después, sus compases.

Nelson encendió un cigarrillo.

Las cosas se precipitaban ciertamente y su opinión, la que mantuvo desde el principio, triunfaba rotundamente. Él no pudo creer jamás que los marcianos llegasen a la Tierra con propósitos pacíficos. La desaparición de material de guerra se explicaba ahora con suma facilidad: era una forma de disminuir la potencia armada de un futuro enemigo, al mismo tiempo que se estudiaba la aplicación de procedimientos ofensivos.

El teléfono se puso a sonar insistentemente.

—¿Halló?

—Aquí Curtís, del Ministerio de la Guerra en Washington. ¿Es Nelson quien está al habla?

—¡El mismo, viejo Curtís! ¿Qué hay de nuevo?

—¿Te parece poco? Escúchame con atención. Voy a darte instrucciones que tendrás que poner en práctica inmediatamente. El general Killen está de un humor de todos los demonios…

—Lo comprendo. Él que creía que los marcianos…

—¡No puedes imaginártelo! Estoy seguro que se está haciendo un nuevo uniforme de gala para presentarse ante ellos.

—¡Es formidable!

—Dejemos eso ahora. ¿Hay novedades por tu Sector?

—Ninguna. Es decir, sospechamos la existencia de un hombre dentro de la zona acotada…

—¿Es posible? ¿Un hombre entre los marcianos?

—Así es, amigo mío. No hace aun sesenta horas que uno de mis telefonistas habló con él unos segundos; cuando fui al aparato, ya había colgado.

—¡Qué lástima! Oye, ¿no crees que ese hombre se haya pasado a los marcianos? Tenemos que tener mucho cuidado…

—¡No digas tonterías, Curtis! Ese hombre estará escondido y atemorizado. Es imposible que un ser humano entre en relación con uno de esos monstruos.

—¿Por qué los calificas así? ¿Acaso los has visto?

—No, pero los imagino bastante horribles. En realidad no sabemos nada de ellos. Nada más que cuando se acercan o el material va a desaparecer, se produce un brusco descenso de la temperatura.

—Ya lo sé. Comunicamos esa señal a todo el mundo y Europa nos ha dicho lo mismo. En todas las zonas afectadas por esas extrañas catástrofes, se sintió un frío extraordinario. Los pocos supervivientes lo han manifestado así.

—Oye, Curtis. ¿Qué ha ocurrido exactamente en Europa?

—Pues que un millar de trenes, autobuses y aviones han desaparecido materialmente. Se ha observado que solamente las cosas que no eran metálicas han permanecido incólumes. Todo lo que era metal ha desaparecido y, naturalmente, la fuerza de esas desapariciones ha aplastado y destrozado a las gentes que iban en el interior de los vehículos.

—¡Es horrible!

—Desde luego. Pero ahora escucha las instrucciones que Bryce me ha dado para ti. Dentro de un lapso de tiempo lo más corto posible inicias el avance de tus tropas. En vez de servirte del “radar”, completamente inútil contra los marcianos, dotas a tus soldados de termómetros, de forma a que controlen constantemente la temperatura ambiente. En el momento que el mercurio empiece a descender, que abran fuego, con toda clase de armas hacia el cielo y delante de ellos. Hay que impedir a toda costa que los marcianos logren deshacerse de

nuestro material como lo han venido haciendo hasta ahora. ¿Entendidos?

—Perfectamente.

—Cursarás los debidos informes constantemente. Entre tanto los Servicios Técnicos de Washington irán estudiando nuevos procedimientos para combatir a nuestros enemigos. A medida que poseamos nuevas armas, serás el primero en recibirlas. ¡Buena suerte, viejo Nelson!

—Gracias, Curtis.

¡El viejo Curtís! Había estudiado con él en West Point y les unía, además de una fuerte amistad, que los años no habían logrado empañar, como había ocurrido entre otros compañeros de estudies, muchos recuerdos, agradables y duros, que estrechaban aún más los lazos entre los dos hombres.

Nelson puso inmediatamente sus ayudantes en movimiento. El teléfono y la radio empezaron a transmitir mensaje tras mensaje, orden tras orden, hasta que aquel formidable y colosal aparato se puso lentamente, en marcha, como un monstruo de diez mil cabezas, avanzando metro a metro y cubriendo el terreno como una densa mancha parada que lo fuese cubriendo totalmente.

Durante todo aquel día la infantería, los pesados tanques y las unidades de acompañamiento, que aseguraban un plan de fuego completo, fueron haciendo más y más pequeña el área acotada,

En su “jeep” especial, rodeado de otros numerosos vehículos auxiliares, de transmisión, cartográficos o cargados de ayudantes, Nelson avanzaba pendiente, a cada instante, de las novedades que se iban recibiendo de las unidades de vanguardia. Lo más interesante era el incesante control de la temperatura que se hacía por todas partes: desde el escalón primero, formado por los grupos de exploración, hasta en las densas masas de reservas que seguían a retaguardia el movimiento general.

—Esto no me agrada macho —pensaba Nelson—. Demasiada tranquilidad para que el asunto acabe bien. Estoy seguro que los marcianos se han dado cuenta de nuestro avance y que nos están preparando alguna desagradable sorpresa.

Y, en voz alta y a uno de sus ayudantes:

—¡Eh, Hosley, ordene que se aumente la vigilancia y que, sobre todo estén preparadas las piezas para hacer fuego a la primera sospecha. ¿Temperatura actual?

—Veinte grados, señor.

—Perfectamente.

El atardecer fue espléndido. Naturalmente, la temperatura bajó unos grados, pero Nelson, que estaba en comunicación constante con los Observatorios meteorológicos de retaguardia, pudo sentirse satisfecho, ya que el descenso observado en la temperatura era el normal al avanzar la noche.

Cuando la oscuridad reinante empezó a hacerse más densa, Nelson ordenó que el avance se detuviese, sin que por ello disminuyese un ápice la vigilancia de cada unidad. La noche se anunciaba excelente y no sería trabajoso para nadie el permanecer en vela.

Las tropas se organizaron en círculos completes, en forma de evitar una sorpresa por cualquier lado, duplicando las guardias y manteniéndose alerta la mayor parte de sus efectivos. A pesar de la tranquilidad que reinaba por doquier, los hombres no participaban de ella, sintiéndose nerviosos de aquella quietud que encontraban singularmente anormal.

Los teléfonos funcionaban constantemente y las conversaciones mantenidas eran escuetas y parcas, refiriéndose en su totalidad a los detalles que iban proporcionando los termómetros.

—Dieciséis grados…

—Once grados…

La madrugada se iba insinuando suavemente y una brisa fresca, procedente del mar, movía con curiosa insistencia las altas ramas de los árboles. Sentado ante su tienda de campaña, Nelson, completamente solo, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, con el ceño fruncido y preguntándose constantemente en qué iba a terminar todo aquello.

La llegada de uno de sus oficiales de Estado Mayor le sacó de su ensimismamiento.

—¡Señor!

—¿Qué ocurre, muchacho?

—La temperatura está empezando a subir.

—¿Cómo es eso?

—No puedo decirle el motivo, señor. Pero en menos de diez minutos la temperatura ha subido diez grados.

—¿A cuántos estamos ahora?

—A 21 y algunas décimas.

—¿Han comunicado esos detalles a los observatorios meteorológicos de retaguardia?

—Aún no, señor.

Nelson se puso en pie hecho una verdadera furia.

—¿Y a qué esperan, banda de inútiles? —gritó—. ¡Vaya en seguida a comunicarlo!... ¡No, espere!... iré yo personalmente.

Seguido por el asustado oficial corrió hacia el coche de transmisiones,

—¡Póngame inmediatamente con cualquier observatorio de meteorología!—ordenó con voz sonante.

—Ahora mismo, señor.

—¿Halló?

—Aquí, Nelson, jefe del Área Occidental. ¿Qué temperatura da usted para la región en estos instantes?

—Diez grados.

—Gracias.

Dio un golpe fenomenal al aparato e interpeló al jefe de transmisiones.

—¡Pida la temperatura a todas las unidades!... ¡Volando!

Las respuestas no tardaron en llegar. El soldado las iba recitando con voz monótona:

—113 división, 2G grados..., 45 batería, 35 grados..., 118 división, 36 grados... ¡Espere, señor! ¡Todas las unidades piden línea!... ¿Halló?... ¿Halló?...

—Pero... ¿qué demonios ocurre?... ¡Ordene que abran fuego inmediatamente!

—¡Oiga!... ¡Oiga!... ¡Disparen!... ¡Abran fuego inmediatamente!... ¡Es una orden!

Nelson temblaba de pies a cabeza.

—¿Qué pasa?... ¿Qué dicen?

El soldado le miró con ojos desorbitados.

—¡Las armas desaparecen, señor!... ¡Hay muchos muertos y heridos!

—¡Mi "jeep"!... ¡Pronto, mi "jeep"!

Instantes más tarde y acuciando sin descanso al conductor del vehículo, atravesaron como una exhalación la distancia que les separaba de las unidades de vanguardia que se hallaban más cercanas que las otras al emplazamiento del Estado Mayor.

Nada más aproximarse llegó hasta ellos una oleada de calor insoportable; algo así como si se acercasen al foco de un espantoso incendio. Colocándose las máscaras, siguieron avanzando hasta detenerse, después de atravesar una densa humareda, en el centro, geométrico de la posición ocupada por aquella unidad.

El espectáculo era sencillamente espeluznante.

Parecía como si un chorro de lava hubiese atravesado aquellos lugares. Por todas partes un humo cegador y picante que hacia saltar las lágrimas de los ojos y creaba un ambiente de sofocación indescriptible.

Ni la máscara era capaz de aislar el rostro del calor que emanaba aún de los informes montones negruzcos que seguían humeando. Al acercarse a uno de ellos, manteniéndose a una respetable distancia, Nelson ahogó un grito de espanto. Los restos de los hombres que habían perecido en aquella catástrofe mostraban un horrible aspecto y no eran más que trozos de materia, cuya localización anatómica hubiese sido sencillamente imposible de hacer.

¿Qué había ocurrido allí, exactamente?

Por el momento la pregunta era obvia y así lo entendían las fuerzas de sanidad que iban de un lado para otro, intentando encontrar entre aquellos informes restos algo que tuviese el aspecto remoto de un ser humano al que pudiesen ayudar aún. La tristeza de las escenas que se desarrollaban era verdaderamente terrorífica.

Nelson, sin ánimo para decir nada, para ordenar nada, permanecía inmóvil, mirando como un hipnotizado lo que tenía ante él: un montón de restos humeantes y la más espantosa derrota que había sufrido jamás el Ejército estadounidense.

Cuando finalmente regresó a su Estado Mayor parecía haber envejecido veinte años. Su mirada se tornó opaca, sin vida y nuevas arrugas vinieron a dar a su rostro una nota más grave de ese infinito cansancio que proporcionan las situaciones sin salida posible.

Diez minutos más tarde hablaba ya con Washington. Sus informes fueron recibidos y juzgados de muy mala forma. A pesar de la distancia que le separaba del general con el que hablaba, el tono de la voz de su interlocutor era lo suficientemente explícito para que Nelson no se hiciese ilusión alguna sobre su futuro.

Jamás volvería a ostentar un puesto de mando en el Ejército.

Recibió instrucciones concretas: retirar inmediatamente todas las tropas de aquellos lugares y ampliar el informe para que Washington tuviese una visión más exacta de lo ocurrido. Luego debería esperar órdenes en su futuro acantonamiento.

También le informaron que la aviación iba a tomar cartas en el asunto y que convertirían la zona ocupada por los marcianos en “tierra quemada”. Washington no podía soportar el grave insulto que había recibido con aquella vergonzosa derrota.

Cuando colgó el teléfono, después de oír el característico “clik” del de su interlocutor, Nelson lanzó una triste y desesperada mirada a su alrededor. Todo lo que veía le parecía destinado a desaparecer de su vida para siempre. Cada detalle estaba marcado ya con su propio destino y muy pronto se convertiría en un hombre igual a muchos, en un militar retirado, preventiva y prematuramente, al que la gente señalaría aplicándole un nombre que estaría unido a su fracaso: “es un incapaz”, dirían.

Era tremendamente amargo el tener que “digerir” aquel final de una vida que se había consagrado por entero a la Patria. Además, ya no era Un hombre joven y no podía vislumbrar la salida que los pocos años proporcionan después de un fracaso, cuando se posee la posibilidad maravillosa de “volver a empezar”.

“Borrón y cuenta nueva”. Eso era, precisamente lo que él hubiese deseado poder decir. Empezar otra vez, lanzarse valiente y decididamente a una nueva existencia, a miles de millas de los Estados Unidos, empezando desde “cero” y tornado a subir hasta donde fuese posible.

Pero era inútil soñar ya…

Sin embargo, cuando se disponía a transmitir a sus ayudantes las órdenes que acababa de recibir de Washington, una idea iluminó totalmente su espíritu, con tal fuerza que consiguió hacerle sonreír. Era, estaba seguro, la única forma de acabar aquel asunto con honor. De poder volverse a mirar en el espejo sin palidecer de vergüenza…

Se puso a escribir rápidamente.

> “Estas son las instrucciones que he recibido de Washington y que deben ser puestas en práctica inmediatamente. Una vez que las tropas estén acampadas en las nuevas bases de descanso, comunicará usted con Washington para esperar instrucciones. Yo, en perfecto estado moral y mental, jefe del Área Occidental,

abandono mi puesto voluntariamente, dejándolo en manos del comandante Huslley, de acuerdo con lo prescrito en el articulo más arriba citado del Código militar.

Firmado, Maurice Nelson

Entregó el pliego de instrucciones y su carta de dimisión al oficial de guardia, instándole para que lo hiciese llegar a manos del comandante Huslley lo antes posible.

Luego, enfundando su pistola, se echó sobre las espaldas un amplio capote gris, perdiéndose, a poco, en la obscuridad de la noche y caminando firmemente hacia el territorio ocupado por los marcianos.

CAPÍTULO VII

Dwigth ayudó a su amigo, que se tambaleaba, a subir al segundo piso de su casa, donde una Glynda impaciente y casi desesperada, les esperaba temblando de emoción.

—¡Los habéis vencido!—exclamó al verlos llegar.

Una débil sonrisa iluminó débilmente el pálido rostro del joven astrónomo; casi en seguida, sin poder resistir más los efectos traumáticos del brutal arrancamiento de su mano derecha, cayó desvanecido en brazos de Springer.

—¡De prisa, Glynda! —gritó éste—. Debemos hacerle un cura de urgencia; el aspecto de la herida no me gusta nada.

—.¿Pero qué le ha pasado? —inquirió ansiosamente la muchacha que no se había percatado aún de nada.

—¡Uno de los marcianos le devoró la mano derecha! Igual acabó el pobre Thomas, cuyo esqueleto está en el jardín. ¡Son antropófagos, querida!

Se percató, demasiado tarde, que había hablado más de lo debido. Volviéndose hacia la joven, vio en la palidez cerúlea de su rostro la respuesta emotiva a sus terribles y escalofriantes palabras.

Dejando el cuerpo inanimado de Geoffrey en el lecho, se apresuró a tomar a Glynda en sus brazos, dándose cuenta de que la joven estaba desvaneciéndose. Pero gracias a sus cuidados y a las palabras cariñosas con las que logró borrar el terror que habían proporcionado a Glynda las anteriores, consiguió que su prometida se recuperase rápidamente.

—Estate aquí con Geoffrey —le dijo poco después—. Voy al cuarto de baño donde tengo un botiquín; procuraré vendarle la muñeca lo mejor posible.

Volvió en seguida, trabajando intensamente y logrando cubrir la mutilada extremidad de su amigo, después de espolvorearla con una activa mezcla de sustancias antibióticas.

Lentamente, Geoffrey fue recuperándose. Ayudado por el cardiazol que Dwigth le inyectó, reaccionó poco después, abriendo los ojos y contemplando, con una mirada de extrañeza los dos rostros ansiosos que se inclinaban hacia él. Permaneció aún en silencio durante un buen rato, hasta que su mente coordinó los recuerdos y las ideas que, hasta entonces. se movían desorganizadamente por ella.

—¿Estamos aún en tu casa? —preguntó a Springer.

Éste asintió con la cabeza, no comprendiendo enteramente el verdadero sentido de aquella pregunta.

—¡Debemos irnos en seguida!—gritó Geoffrey intentando incorporarse, cosa que su amigo impidió con fuerza—. ¡Debemos alejarnos ahora mismo!

Dwigth sonrió cariñosamente.

—¡Cálmate, Conant! Pronto te pondrás bien y entonces nos iremos.

Los ojos del herido brillaron como ascuas.

—¿Estás loco! ¡No seas estúpido y no tomes mis palabras como si tuviese fiebre! Si te digo que nos vayamos ahora mismo de aquí, es porque estoy seguro de que los marcianos, después de la derrota

que les hemos infringido, no permanecerán tranquilos hasta aniquilarnos…

Springer sintió que la verdad brotaba de los labios de su compañero. Hasta entonces y dejándose llevar por la absurda alegría de haber derrotado a aquellas odiosas criaturas, creyó estar fuera de su alcance, al menos por algún tiempo. Pero Geoffrey le había arrastrado violentamente a la realidad de una situación que no pedía mejorar porque tres o cuatro marcianos hubiesen dejado de existir…, si en realidad, así había ocurrido.

Ayudado por Glynda, a quien el terror hizo que se le duplicasen las fuerzas, sacaron de la casa a Geoffrey, que todavía se sentía demasiado débil para hacerlo por su propio pie.

Una vez fuera, en el jardín, intentó evitar la senda en la que se encontraba el esqueleto de Thomas, pero Geoffrey, que ignoraba aquello, murmuró con acento decidido:

—¡Sigue, Dwigth, debemos llegar a tu garaje! ¿No tienes allí un pequeño laboratorio de aficionado?

—Así es —repuso el interpelado—. ¿Para qué lo necesitas?

—Luego lo sabrás.

Springer hizo lo imposible para que Glynda no viese el esqueleto de su criado, pero su maniobra no surtió efecto, aunque la joven supo resistir aquella prueba más, con una entereza formidable.

Al llegar al garaje, penetraron en el interior del barracón coqueto que además de servir para el natural uso al que estaba destinado, poseía una serie de diminutas habitaciones en la parte posterior, una de ellas ocupada por lo que Geoffrey habla llamado “laboratorio de aficionado”.

En efecto, Dwigth tenía un “violín de Ingres”: la química, a la que

consagraba todos los momentos de ocio que le permitían sus estudios matemáticos. Allí pasaba muchos agradables ratos, entre tubos, probetas y matraces, divirtiéndose y estudiando al mismo tiempo.

Geoffrey parecía haberse recuperado totalmente, ya que el vendaje, fuertemente cerrado, que le había hecho su amigo, logró disminuir los lacerantes dolores del muñón.

—En realidad—dijo una vez se instalaron en una de las habitaciones del garaje —he tenido mucha suerte. La “forma” especial en que me arrancaron la mano, con una sensación de frío tremendo, disminuyó el dolor del traumatismo, sirviéndome de excelente anestesia y, al mismo tiempo, impidiendo que la hemorragia que debía haberse producido, llegase a desencadenarse.

”No podéis imaginaros la tensión que tengo ahora, ya que poseo la seguridad más absoluta de que he descubierto el punto débil de los marcianos y, por lo tanto, el arma segura y eficaz para hacerlos desaparecer de la superficie de la Tierra...

"Después de todo, el precio no ha sido demasiado caro: he perdido una mano, pero he logrado, en los pocos momentos que estuve frente a ellos, desenmascararlos definitivamente...

—¿Es posible, Geoffrey? —inquirió la muchacha con los ojos muy abiertos por la esperanza y el entusiasmo.

—Así es, pequeña. Recuerdo que, durante todo el rato que duró la horrible lucha, de la que salí con vida gracias a Dwigth, más que prestar atención a los disparos que hice para repeler la agresión, les observaba al tiempo que no dejaba de pensar con una intensidad cada vez más emocionante. ¡No podéis imaginar la alegría que sentía al ir poniendo en claro algo que, desde el momento que lo vi, me pareció uní misterio casi insoluble! ¡No comprendo cómo las autoridades han obrado tan ingenuamente en esta atroz situación...

—No debe extrañarte, amigo mío —arguyó Springer—. Washington no ha tenido ocasión de “verlos”. Todas las noticias que de ellos posee son indirectas y, en su mayor parte, completamente falsas o erróneas.

Una tremenda sensación de frío llegó, repentinamente hasta ellos. Mudos de horror, se miraron entre sí, con una clara expresión de angustia que era perfectamente apreciable en sus pálidos rostros.

—¡Ya vuelven! —exclamó Glynda con un hilo de voz.

—Esperad un momento y no os precipitéis —dijo el astrónomo —. Si mis cálculos son exactos, no nos pasará nada. Deben haber celebrado una reunión y vienen a vengarse de la derrota que les hemos infringido.

—O quizás tengan hambre… —agregó lúgubremente Dwigth.

Permanecieron en un profundo silencio, mirando a las paredes de la pequeña estancia, como si deseasen perforar con la vista aquellos muros para ver lo que ocurría en derredor de ellos. Pero, el silencio, como cada vez que llegaba aquel "aviso" del frío, se hizo más intenso y hasta insoportable, proporcionando una indefinible sensación de vulnerabilidad que les sobrecogía profundamente el espíritu.

De súbito, un estruendo formidable les sobresaltó. Algo se derrumbaba como un castillo de naipes y no muy lejos de allí.

Conteniendo la respiración, permanecieron en la misma quietud, hasta que la sensación de frío se fue mitigando, no tardando en desaparecer por completo, Entonces, los tres a la vez, en una concordia de deseos verdaderamente emocionante, respiraron profundamente.

—¡Ya se han ido! —lanzó Dwight.

Esperaron un poco más hasta que recuperando totalmente la confianza y el valor, se atrevieron a salir del garaje.

La casa del matemático había desaparecido y solamente una polvareda tenue flotaba aún sobre la informe masa de escombros en que se había convertido.

—-Tenías razón, Geoffrey, amigo mío —exclamó la joven.

Conant sonrió satisfecho.

—Empiezo a conocerlos tan bien —dijo—, que ya creo adivinar sus pensamientos. Son mucho más elementales de lo que se podía pensar de ellos. Sencillos y de reacciones verdaderamente infantiles. Además, estoy seguro de ello, nos consideran tremendamente inferiores; seres sin civilización y sin medios inteligentes para reaccionar. ¡Pobres

marcianos!

—-¿Pobres? —inquirió Springer con un tono de reprocho en la voz —. ¿Te has vuelto loco, Geoffrey? ¿Pobres, después de lo que han hecho con tu mano y con lo que se proponen, sin duda alguna, hacer con la Humanidad entera?

—No has entendido el sentido de mis palabras, amigo Dwight. Pero, cuando conozcas lo poco que son, lo débiles y vulnerables que van a ser; cuando adivines el futuro terrible que les espera, tú también, en el fondo de tú alma, sentirás piedad y compasión por esas desdichadas criaturas que, envalentonadas por algo que para ellos debe ser “inteligencia superior”, se han atrevido a cruzar el Espacio, en busca de unas aventuras que, desdichadamente para ellos, van a ser las últimas que emprendan...

Se interrumpió bruscamente, al tiempo que su mirada se fijaba insistentemente en un punto a la espalda de sus compañeros. Estos, siguiendo la dirección. de aquella inquisitiva mirada, se volvieron a tiempo de contemplar la silueta de un hombre que se acercaba a ellos.

Obrando automáticamente, Dwight había sacado la pistola de su compañero, manteniéndose francamente a la defensiva.

Para él, el hombre que se acercaba, sucio, con las ropas destrozadas y unas barbas de varios días, era un completo desconocido. No era así para Glynda y Geoffrey que, con una sonrisa en los labios, se acercaron al extraño visitante.

—¡Señor Nelson!

Se presentaron rápidamente, llevando al recién llegado al garaje donde le procuraron víveres y comida para que se repusiese. Maurice parecía extenuado y agradeció sinceramente los cuidados amistosos de que fue objeto. Luego, después de que contestaron a todas las preguntas que ansiosamente formuló explicó, a su vez, la marcha de los acontecimientos en el mundo y la grave situación por la que atravesaba la Humanidad.

Los ojos de Geoffrey brillaron como ascuas!

—-¡Debemos darnos prisa!—exclamó claramente excitado—¡Vamos al laboratorio!

—¿Para qué? —inquirió Nelson con voz cansada.

—Conant —explicó Dwigth —-, nuestro amigo afirma haber encontrado un procedimiento infalible para combatir y aniquilar a los marcianos…

Maurice miró al joven con una abierta incredulidad.

—-¿Vencer a esas criaturas cuando mi Ejército ha sido derrotado tres veces consecutivas? Perdone que lo ponga en duda, señor Conant.

Pero éste no le escuchaba, sino que dirigiéndose a su amigo.

—¡Vamos al laboratorio, Dwight! Glynda puede hacer compañía al señor Nelson, está aún muy fatigado.

Aquella irónica e indirecta respuesta a sus propósitos no gustó mucho a Maurice; pero, mordiéndose los labios, prefirió callarse, con la esperanza de reírse a las barbas de aquel joven presuntuoso cuando sus experimentos —estaba seguro de ello —fracasasen rotundamente.

Sin embargo, no dejó de sentir una sincera admiración por aquellos jóvenes que habían logrado permanecer en la zona ocupada por los marcianos, sin sufrir, relativamente, gran cosa, excepto, naturalmente, la pérdida de la mano del astrónomo. También estaba agradecido a cuantas cosas había aprendido respecto a los invasores de la Tierra; el que fuesen antropófagos le explicó aquellos “accidentes” y catástrofes europeas que, sin duda alguna, no estaban hechas más que con la malévola intención de calmar el apetito voraz de las nuevas legiones de invasores extraplanetarios que llegaban, sin cesar, de la luna.

Pero, después de todo,… ¿qué le importaba ya aquello?

Se encontraba terriblemente cansado, profunda y definitivamente derrotado y no esperaba más que un final que pudiese, en última instancia, devolverle la confianza que siempre deseó que los otros tuviesen de su persona.

¿Lo lograría alguna vez?

* * *

Geoffrey lanzó una mirada satisfecha al laboratorio de su amigo.

No es que fuese, en realidad, nada extraordinario; pero, Dwight, intensamente enamorado de la química, había intentado reunir en aquella pequeña estancia todo lo que se necesitaba .para investigar, con bastante más profundidad y seriedad de las que generalmente se suponen a un aficionado.

—¿Qué es lo que realmente intentas?—preguntó Springer, que miraba curiosamente la sonriente faz del otro.

—¡Quiero producir frío!

—¿Frío? ¿Es qué piensas combatir a los marcianos con sus propias armas?

Conant sonrió misteriosamente.

—No es eso, amigo, no es eso. Tendría que explicarte muchas cosas que nos robarían, en estos momentos, un tiempo precioso y que no podemos permitirnos, en modo alguno, perder. Ya has oído a Nelson. Europa está siendo seriamente ocupada por los marcianos. El que media docena de astronaves se hayan posado en los Estados Unidos, no debe significar más que una especie de misión de observación, una vanguardia, seguramente formada por marcianos científicos que no han dejado de comunicar a los otros las observaciones que han hecho sobro las cosas que han visto en la Tierra y sobre los humanos. ¿Comprendes?

—Perfectamente, Geoffrey.

—Eso explica satisfactoriamente que hayan escogido a nuestro satélite como base de operaciones. Evidentemente, desconocían todo de nosotros y han obrado con suma prudencia, enviando esa comisión contra la que hemos luchado para informarse de "cómo" éramos y "cuáles" eran nuestras armas. Naturalmente, que su invisibilidad circunstancial ha sido lo que más les ha protegido y lo que les protege aún...

—¿Quieres luchar contra esa invisibilidad?

—Algo de eso, aunque no exactamente.. De todas formas, es mejor empezar a trabajar ahora mismo. ¿Que cantidad tienes de óxido de carbono?

Dwight reflexionó unos instantes, antes de contestar.

—Bastante. Debe haber, en total, una veintena de botellas grandes.

—¡Formidable! ¿Se trata de botellas metálicas, no es verdad?

—En efecto.

—Tendremos que cambiar el gas de recipiente. Aunque necesitemos un volumen mayor, no podemos correr el riesgo de manejar ninguna cosa metálica,

—¿Temes que...?

Pero Conant no le dejó acabar .

—¡Ya sé lo que haremos! Utilizaremos las cámaras de las ruedas de tu coche para llevar el óxido de carbono. Luego, cuando estemos allí, uniremos el gas a la mezcla refrigerante que voy a preparar inmediatamente y que, a su vez, irá en recipientes de cristal. ¡Nada de metales, amigo mío!

—Comprendo, comprendo... —murmuró el otro.

Se pusieron a trabajar inmediatamente y con un entusiasmo que también había ganado a Springer que era, en realidad, el que seguía las instrucciones de su amigo, ya que éste, por la falta de su mano derecha, podía realizar muy poca cosa.

Desmontaron los neumáticos del coche de Dwigth, llevándose también las cámaras de repuesto. Con todo aquel material, regresaron al garaje, donde Geoffrey ordenó al otro que se dispusiese a trabajar el vidrio, ya que no estaba dispuesto a conservar las válvulas metálicas de las cámaras del coche.

—-¡Nada de metales!—repetía como una consigna.

Fue una labor durísima y gracias a la tenacidad de Springer se pudieron conseguir aquellas aparatosas y rudimentarias válvulas que

suplantaron, mal que bien, las metálicas, Algunas pruebas con el óxido de carbono dieron un resultado plenamente satisfactorio.

Luego, siguiendo siempre las indicaciones de Geoffrey, que estaba demostrando unos formidables conocimientos químicos, Dwight preparó los ingredientes de una sustancia fuertemente refrigerante, disponiéndolo todo en una serie de matraces, ya que las reacciones finales tardarían unas horas en producirse.

Al regresar junto a Nelson y la muchacha, para tomar un bocado, descansar un poco y fumar algunos cigarrillos, sus rostros estaban radiantes y expresaban inequívocamente la satisfacción que sentían interiormente.

—Pronto tendremos ultimados los preparativos —explicó Geoffrey, sin hacer caso de la burlona sonrisa que dibujaba, los labios de Nelson. —En seguida haremos algunas primeras pruebas antes de utilizarlas contra les marcianos.

Glynda, acercándose a él, le tomó la mano izquierda, apretándola cariñosamente.

—¡No me equivoqué al hacerte venir conmigo. Geoffrey! Aunque nunca me perdonaré el que por mi culpa, hayas perdido una mano.

Él la miró intensamente.

—Me enfadaré si vuelves a decir eso, Glynda. Tú no has tenido la culpa de nada y si yo me mostré dispuesto a acompañarte —ahora puedo hablar sin ambages —fue por mi propio egoísmo. Pensaba que Dwight habla sufrido un desgraciado accidente y que, al fin, podría decirte lo que siempre, he deseado que supieses de mis labios. Pero —sonrió tristemente- cuando he vuelto a ver a tu prometido, cuando he vivido junto a vosotros instantes de peligro y angustia, mi ceguera ha desaparecido y me he dado cuenta de que si mi puesto no estaba donde yo soñaba...

—¡Dejémonos ahora de cosas raras! —interrumpió Dwight, que estaba visiblemente emocionado por las palabras que su amigo Geoffrey acababa de pronunciar.

—Es verdad —dijo Geoffrey.

—Volvamos al trabajo, Dwight.

—Vamos.

La reacción química que darla lugar a la sustancia refrigerante se iba desarrollando magníficamente. Once probetas fueron llenándose de aquel liquido de color ambarino que al entrar en contacto con el óxido de carbono, crearía una zona helada, tal y como deseaba Conant.

Una vez que los frascos estuvieron cerrados automáticamente, Geoffrey, que había dejado uno de ellos abiertos, para emplearlo inmediatamente, se volvió a su amigo.

—Trae un trozo de carne y un martillo, por favor.

Momentos más tarde, todo estaba preparado y Nelson y la muchacha, que habían entrado detrás de Dwight, miraban curiosamente los preparativos que se veían sobre la mesa de experimentación.

Acercando uno de los tubos de goma, unidos por su parte inferior a las válvulas de cristal que había fabricado Springer, Geoffrey, sirviéndose de la mano izquierda, apuntó cuidadosamente al trozo de carne. Luego, haciendo un gesto a su amigo.

—Coloca el sifón, Dwight —ordenó.

En efecto, todo un sifón, todo en cristal, se acoplaba perfectamente al tubo, introduciendo su vástago absorbente en el interior del frasco que contenía la sustancia refrigerante.

—¡Abre la válvula!

Springer accionó rápidamente el mecanismo. Sus manos temblaban un poco al hacerlo.

Un chorro blanco y menudo, perfectamente pulverizado, salió proyectado hacia Adelante. Al caer sobre la carne, ésta adquirió un tono blanquísimo casi inmediatamente.

—¡Basta!

Dwight cerró la válvula. Luego de dejar todo si complicado mecanismo en el suelo, cogió el martillo, volviéndose primeramente hacia Geoffrey.

Éste, con una sonrisa en los labios, asintió con la cabeza antes de hablar.

—¡Golpea fuerte, Dwight!

El matemático no se hizo rogar. Levantando la mano dejó caer el martillo que chocó violentamente contra la carne. Esta se partió en trozos pequeños, como si se hubiese tratado de un trozo de cristal. [1]

—¡Eureka! —gritó Geoffrey sinceramente emocionado.

—¡Lo hemos logrado! —agregó Springer.

Pero no podía faltar la nota cínica del amargado Nelson.

—Está bien, señores. ¿Y, ahora, qué?

Conant le dirigió una mirada de rabia.

—Pregunta usted lo que haremos ahora, ¿no es así, mister Nelson? Pues he aquí la respuesta: vamos a ir en busca de los marcianos

CAPITULO VIII

Nelson se dio cuenta de que había ido demasiado lejos con sus propósitos irónicos. Tristemente, consideró que aquellos entusiastas y valientes muchachos no tenían culpa alguna de su depresión y; sobre todo, de su fracaso personal. Al huir del Ejército, deseaba ansiosamente encontrar la manera de volver a revalidar su personalidad, no solamente ante su propio juicio, sino ante el mundo,

demostrando, de una manera claramente inequívoca, que no se había dado por vencido en aquella ingrata y desesperada lucha.

Y, ahora, cuando la Providencia le proporcionaba la mejor ocasión que hubiese podido imaginar, él se entretenía atacando estúpidamente a los que deseaban ardientemente combatir y aniquilar a los marcianos.

"¡Soy el imbécil más grande de la Tierra!" —pensó.

Y, luego, en voz alta.

—Les ruego que me perdonen mis estupideces —suplicó—. Me he dejado llevar por mi amargura, tratando de herirles de la forma más estúpidamente inconsecuente. Les suplico que cuenten conmigo que, de ahora en adelante, no haré más que seguir las instrucciones que me den.

Todos se mostraron encantados de aquel cambio de actitud de Nelson, pero fue él mismo el que sintió plenamente la tranquilidad espiritual y la alegría que hacían surgir aquellos simpáticos propósitos de colaboración internacional que acababa de manifestar.

—Tenemos que ponernos enseguida en marcha —dijo Geoffrey que, sin darse cuenta, dirigió una señal a Dwight, mirando después a Glynda.

Pero la muchacha comprendió rápidamente sus propósitos.

—Si piensas dejarme aquí, Geoffrey, estás muy equivocado. Yo iré con vosotros y si intentáis impedírmelo, os seguiré hasta el fin del mundo.

—¡Está bien!… ¡Está bien!… —protestó Geoffrey. —Después de todo, tu "caso" atañe directamente a Dwight y no a mí. ¿Que hacemos con ella, Springer?

—Dejadla venir, si es eso lo que desea.

Geoffrey levantó los brazos.

—¡Ya lo pensaba! Vas a ser un marido muy desgraciado, querido Dwight. Ya te veo "hinchándote" a fregar platos y suelos con el

aspirador en una mano y el plumero en la otra. Mientras, tu encantadora y dictatorial esposa se pasará las noches, en tanto tu duermes cansado de la pesada labor cotidiana, mirando las estrellas con un telescopio que se habrá “'ahorrado” sobre tus gastos de tabaco y de bebida...

Todos rieron de buena gana.

Los hombres, Geoffrey incluso, cargaron con los grandes globos que eran las cámaras del coche, abarrotadas de gas. También se repartieron algunas botellas de la mezcla frigorífica, cuyo resto llevaba Glynda. Naturalmente que Dwight iba el primero, ya que era el único que conocía exactamente el emplazamiento de las astronaves marcianas.

Llevaban ya casi la totalidad del camino recorrida cuando un rumor intenso y creciente les hizo mirar automáticamente al cielo. AI cabo de pocos instantes identificaron claramente el origen de aquella especie de tempestad que se acercaba velozmente.

—¡Son aviones!... ¡Muchos aviones! —exclamó Geoffrey.

—En efecto —agregó Nelson—, ya les dije que Washington pensaba atacar a los marcianos con explosivos atómicos.

—Entonces... —balbució aterrorizada Glynda.

Todos comprendieron perfectamente la inacabada frase de la muchacha.

Un silencio profundo reinó entre ellos. Mientras, el rumor de las escuadrillas crecía incesantemente. Por aquel enorme ruido se adivinaba la extraordinaria cantidad de aparatos de todos los tipos que se acercaban.

—¡Que sea lo que Dios quiera!—musitó Geoffrey—. Si debemos morir y los hombres triunfan sobre los marcianos, nuestro sacrificio no habrá sido inútil.

—¡Miren! —gritó súbitamente Nelson.

Una nube intensamente negra acababa de aparecer en el horizonte. Era formidable pensar que aquella mancha correspondía a un

incalculable número de aparatos, todos ellos a reacción, cuyo sonido no llegaba claramente a ellos. Quizá, como no tardaron en darse cuenta, el sonido que hablan oído era el de otra masa, más negra y densa que la anterior, que venía bajo la primera y que estaba formada, sin duda alguna, por les bombarderos atómicos que se movían mucho más lentamente que la caza supersónica.

No había esperanza alguna para ellos si los aviones descargaban su terrible carga sobre los marcianos. En el fondo, sentían la amargura de no haber llegado a ensayar el invento de Geoffrey, aunque después hubieran debido morir bajo las bombas nucleares de sus propios amigos.

Las dos masas de aviones se acercaban vertiginosamente al objetivo. No se imaginaban los marcianos lo que se les echaba encima. Dentro de pocos instantes los presuntos invasores de la Tierra habrían desaparecido, en los Estados Unidos al menos, para siempre.

La formación de caza supersónica se estaba empezando a abrir, como si desease adquirir la forma de dos alas que fuesen convergiendo hacia un determinado punto. Entretanto, los pesados bombarderos seguían su camino hacia el objetivo que, por la dirección que llevaban, coincidía casi con exactitud matemática con el lugar que ocupaban Dwight y sus amigos.

Gotas de sudor frío empezaban ya a perlar sobre las frentes de los tres hombres. Por su parte, Glynda, con el rostro entre las manos, sollozaba y oraba al tiempo.

Repentinamente, una espantosa sensación de frío llegó hasta ellos. Se dieron cuenta que aquella ola frígida que les hacía estremecer no era más que la lejana impresión de algo verdaderamente fantástico que se dirigía hacia el cielo.

—¡Los marcianos contraatacan!—gritó Geoffrey.

Todos ellos clavaron sus angustiadas miradas en el cielo, por donde los aviones proseguían su implacable camino. Era sumamente difícil y hasta imposible “saber lo que debía ser deseado más ardientemente en aquellos instantes”. Bajo la terrible amenaza de una muerte, por la explosión de las bombas nucleares que llevaban los aviones, era horrible desear que los marcianos triunfasen, por el egoísta reflejo, no por eso menos humano, de sobrevivir.

Pero, después de todo, lo que iba a ocurrir en los momentos que siguiesen a aquellos horrorosos instantes que estaban pasando no dependía de ellos…

Todo ocurrió a una velocidad de vértigo…

Bastaron algunas contadísimas fracciones de segundo para que la densa masa de bombarderos desapareciese como si no hubiese dejado de ser más que una alucinación efímera. Luego, casi inmediatamente, aconteció lo mismo con los aviones de caza. Pero éstos desaparecieron paulatinamente, por grupos, a medida que el terrible y misterioso “frío” marciano les llegaba…

Era una visión de horror, algo que no podía ser descrito por nadie y que daba la horrenda sensación de que todo aquello no era más que una visión apocalíptica.

Los pocos aviones que pudieron, sustraerse a la muerte descendieron prestamente, alejándose, rasando el paisaje a toda velocidad de sus turbinas de reacción.

—¡Ha sido horrible!—musitó Nelson.

El silencio que siguió estaba repleto de presagios y durante un buen rato los tres hombres y la muchacha permanecieron callados, presas aún de la horrible impresión que el espeluznante espectáculo que acababan de contemplar les había producido.

—-¡Vamos en seguida!—gritó Geoffrey con coraje.

Se irguieron, apoderándose de la carga que cada uno debía llevar. Dwight, después de orientarse convenientemente, Inició la marcha siendo seguido de cerca por los otros.

El terreno, florido y repleto de una belleza que podía parecer, en aquellas circunstancias, insultante se extendía formando ligeras depresiones varias de las cuales estaban ocupadas por las brillantes esferas marcianas.

Guiado por un raro instinto, Springer se dirigió inconscientemente hacía aquella que había visitado en tan emocionantes momentos. Procurando mantenerse ocultos y aprovechando las depresiones de los minúsculos valles y vaguadas que por allí formaba el terreno,

siguieron avanzando hasta que Dwight, con un mudo gesto, les incitó a detenerse.

Luego se volvió a Geoffrey.

—¿Qué hacemos?

El joven, con el ceño fruncido y un extraño brillo en los ojos, parecía profundamente ensimismado. Durante un par de minutos permaneció .en silencio; luego, repentinamente, volvióse a Nelson.

—¿Está usted dispuesto a ayudarnos verdaderamente? —inquirió.

—¡Disponga de mí como quiera! —fue su respuesta.

—Está bien. Saque la pistola y avance, unos metros solamente, hacia la astronave. No tema nada vea lo que vea. Ya le hemos descrito el repugnante aspecto de esas criaturas, pero no haga caso de nada de lo que ocurra. Si aparecen muchos, dispare contra ellos, sin dejar de moverse de un lado para otro. Pero no olvide que cuando me oiga gritar debe correr velozmente, describiendo una curva y volviendo hacia nosotros por la parte de atrás. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Puedo salir ya a descubierto?

—Cuando quiera. Y... muchas gracias, señor Nelson.

Maurice sonrió tristemente. Luego, de un salto ágil, pasó al otro lado del montículo, empuñando la pistola, cuyo funcionamiento comprobó velozmente y con un gesto que denotaba su costumbre con las armas de fuego, empezando a caminar decididamente hacia la astronave.

Se podía oír, en aquel pastoso silencio, la respiración agitada de Glynda. Nelson, siguiendo las instrucciones de Geoffrey, se había detenido a menos de diez metros de la brillante esfera.

Entretanto los dos jóvenes se disponían rápidamente al mecanismo del sifón, permaneciendo atentos a la emocionante escena que se desarrollaba ante ellos. La silueta de Maurice era la única cosa viva visible. Pero, al cabo de muy pocos minutos, la conocida sensación de frío llegó hasta ellos.

—¡Ya vienen! —murmuró Glynda con voz emocionada.

Debían estar indeciblemente contentos del triunfo que acababan de lograr contra las armas voladoras de aquellos estúpidos habitantes de un planeta que dejaría muy pronto de pertenecerles. Debían estar también inflados de orgullo, rebosantes de gozo.

Pero, además, la oportunidad de un inesperado banquete era como el colofón triunfal de aquella memorable jornada.

No tardaron en aparecer, de la misma forma difusa que siempre, yéndose precisando poco a poco, hasta dejar perfectamente visibles sus cuerpos espantosos y transparentes, a cuyo través se veía flotar mansamente el contorno rosado de las vísceras...

Había un inusitado número de ellos; una cantidad como jamás habían visto los humanos que los contemplaban. Quizás, en un cálculo rápido, pudiese haber allí medio centenar de marcianos.

Era claro que se hablan reunido deseosos de gozar, todos juntos, aquel colofón digestivo al triunfo sobre la aviación. Su número excedía a todos los cálculos que Geoffrey había hecho y fue con una mueca de preocupación con la que manifestó a Dwight:

—¡Prepárate, amigo mío!... ¡Vamos a tener que trabajar de lo lindo!

Por su parte, Nelson, evidentemente nervioso, habla empezado a disparar.

Dos o tres marcianos se evaporaron bajo la certera puntería de Maurice. Un griterío agudo se elevó entonces de la masa moviente de aquellas criaturas que, repentinamente, avanzaron en todas direcciones hacia su agresor, no tardando nada en rodearle por completo.

—¡Nelson!—gritó Geoffrey hasta enronquecen —¡Nelson!... ¡Salga de ahí en seguida!

Pero, por mucho que el propio Maurice desease salir de allí, la cosa era completamente imposible. La masa de aullantes marcianos le rodearon por completo y, por otra parte, el arma había desaparecido misteriosamente de sus manos.

Geoffrey, con los ojos desorbitados, dudaba, por la presencia de Nelson en medio del objetivo, en enfocar, hacia allí con el aparato. Dwight, que tenía la goma entre las manos, miraba también, con los ojos espantados, hacia la loca escena.

—¡Dispara, Springer!… ¡Dispara ahora mismo!

Dwight volvió los ojos angustiosos hacia su amigo, luego miró a Glynda…

—¡Dispara ya, imbécil! —tronó la voz de Conant.

Springer abrió la llave de paso, a la vez que apuntaba a la masa de marcianos que rodeaban por completo a Nelson.

El chorro blanco salió disparado a gran distancia, cayendo de lleno sobre aquellas criaturas que, prodigiosamente, empezaron a disminuir de tamaño hasta reducirse a objetos de menos de diez centímetros dé altura…

Un grito de triunfo brotó de la enronquecida garganta de Geoffrey. Pero otro grito, de indecible dolor, cortó bruscamente el impulso sonoro del suyo. Volviendo la mirada hacia el lugar donde estaba Nelson, vio a éste vacilar y luego caer, mientras se hacían perfectamente visibles los marcianos que tenía aferrados a sus piernas.

¡Estaban devorando vivo a Nelson!

—¡Dispara!… ¡Dispara!…

Dwight obedeció, mientras Glynda cambiaba rápidamente los depósitos de goma a medida que se iba agotando el que utilizaban. Pocos minutos más tarde la totalidad de los marcianos habían sufrido la contracción que disminuyó su tamaño, quedándose reducidos a una especie de estatuillas que yacían en posturas curiosas sobre el suelo

Entonces Geoffrey, lanzando un salvaje grito de triunfo, se lanzó fuera del repliegue del terreno que le protegía, llegando al lugar donde estaban los marcianos, empezando a pisotearlos con furia.

Glynda y Springer corrieron también hacia allí.

Bajo los pies de Conant los marcianos se hacían pedazos, pero la

furia del joven era tal que seguía pisándolos hasta que los reducía a un polvo negruzco que se extendía sobre la hierba...

Entretanto Glynda y su prometido se arrodillaban junto a Nelson, cuyas dos piernas estaban terriblemente mutiladas. El moribundo abrió los ojos, esforzándose por lograr la sonrisa que no llegó a ser más que una extraña y triste mueca en su rostro.

—¿Hemos vencido... no es verdad? —preguntó con voz débil.

Los tres jóvenes asintieron con la cabeza.

Nelson, con un último esfuerzo:

—¡Ese Geoffrey es un verdadero “hacha”!... ¡Corred, hijos míos y comunicad a Washington vuestro descubrimiento! La Humanidad os estará eternamente agrade...

Inclinó bruscamente la cabeza. Había dejado de existir.

EPÍLOGO

Cientos de delegados de todos los países del mundo habían llegado a Washington. El salón estaba repleto de gente y en la tribuna, erguido y sonriente, Geoffrey Conant lanzó una mirada intensa a los presentes, antes de tomar la palabra.

—Señores —empezó a decir—, voy a ser muy breve, porque me doy cuenta de que todos ustedes deben regresar rápidamente a sus respectivos países para acabar la lucha contra les que han tenido la pretensión de invadirnos.

"Contra lo que se ha divulgado por ahí, los marcianos no han logrado el poder de ser invisibles.

”Ya saben ustedes que la fuerza que hace posible los estados físicos de las cosas: sólido, líquido y gaseoso, es la fuerza de la cohesión, que mantiene unidas las moléculas a los cuerpos. Ahora bien, hay un procedimiento infalible de hacer pasar un cuerpo de un estado a otro.

” ¡LA TEMPERATURA!

”Si calentamos un trozo de hielo, éste se convertirá en agua; si seguimos calentando, el agua se convertirá en vapor. Eso es lo que hacen los marcianos.

"Elevando bruscamente la temperatura por medio de un aparato que llevan en la cintura, pasan del estado sólido, en el que generalmente se presentan, al gaseoso —ya que debido al calor pasan velozmente por el líquido—, haciéndose completamente invisibles a la visión humana. Luego, cuando desean ver y, en cierto modo, vivir, ya que los marcianos gaseosos no pueden alimentarse, como se comprende perfectamente; repito, cuando desean hacerse visibles, hacen descender bruscamente la temperatura, adquiriendo el estado sólido.

”Al provocar un brusco frío, hacen que los cuerpos que aparentemente no pueden disminuir de tamaño, lo hagan, al desaparecer los espacios de “vacío” que existen entre sus moléculas. Así, les tanques y cañones tratados por el “frío marciano”, se convirtieron en trozos metálicos de reducidísimo tamaño, pero que pesaban varias toneladas cada uno.

”¿Por qué no han logrado nuestros enemigos reducir más que los metales? Esa es una pregunta a la que desearía contestar también yo. Lo cierto es que sus armas no logran más que atacar a las sustancias metálicas y estando las nuestras hechas únicamente de metal, les fue de gran ayuda el que las cosas estuviesen así dispuestas.

”Y vayamos a la manera de vencerlos:

”Los marcianos están obligados, para alimentarse y vivir, a volver al estado sólido muy a menudo. Como en realidad sus organismos no recuperan completamente este estado sólido, al aplicarles una corriente de frío excesivo, se contraen, endurecen y mueren inmediatamente. Y eso es todo, señores.

La ovación duró varios minutos. Después los delegados se dirigieron velozmente a los aeródromos, para iniciar una lucha de

exterminación contra los marcianos.

Seis días después la Tierra se había librado de SUS enemigos...

FIN

EL DESTINO TRABAJA

UNA “FICTION-STORY”

De Law Space

—Puede vestirse ya, mister Coller.

El doctor Duprés se volvió de espaldas, acercándose a su mesa de despacho que estaba situada en un rincón de la estancia. Mientras recorría la pequeña distancia que le separaba de ella se quitó con un gesto mecánico las dos ramas del fonendoscopio, dejándolas caer alrededor de su curtido cuello; luego, al no oír detrás el característico ruido que produce una persona al vestirse, volvió la cabeza extrañado.

Harry Coller seguía completamente desnudo y mirándole con insistencia.

Duprés supo leer en seguida, en aquel rostro, la descomposición que producía el miedo. Se podía reconocer en mil detalles distintos: en

la respiración sacudida que elevaba y bajaba las últimas costillas, apreciables a través de la piel, en las pequeñas gotas de sudor que se amontonaban en la parte alta de la frente, rodeando las raíces de los escasos cabellos que allí había, en los ojos desmesuradamente abiertos y en las pupilas midriáticas, dilatadas como si deseasen captar desesperadamente la luz de una existencia que Coller creía estaba en inminente peligro.

El rostro del doctor se iluminó, durante un cuarto de segundo, con un asomo de triste sonrisa; luego, con una vos terriblemente cansada;

—No encuentro nada anormal, mister Coller.

El otro avanzó decidida y ansiosamente hacia él.

—¿Está usted seguro, doctor?

Esta ves, Duprés no se molestó en contestar, limitándose a asentir rápidamente con la cabeza. Después tornó a volverse definitivamente hacia la mesa, sentándose en el viejo butacón y empezando a escribir en una de sus recetas.

Le recetaría cualquier cosa, algo que disminuyese la angustia que el miedo habla producido, un calmante y somnífero para que durmiese bien durante la larga travesía que se disponía a hacer.

¡Europa!

¡Cuánto hubiese dado él por poder coger aquel barco, cuyos mástiles podía ver desde la ventana, frente a su mesa y que partiría aquella misma mañana hacia un mundo ciertamente maravilloso! Pero las cosas eran siempre muy distintas a los sueños estúpidos de los hombres y él. Claude Duprés, después de quince años en Oriente, no podía permitirse el lujo de pagar un simple pasaje de tercera hasta Marsella.

¿El alcohol?

Probablemente, sí. Pero, además de las bebidas, había muchas cosas que no merecían ser recordadas; todas, excepto una: una que acababa de cumplirse inexorablemente en aquellos instantes y en la que ya no podía encontrar interés alguno.

Acabó de escribir, se levantó de nuevo, dirigiéndose a Coller que ya había terminado de vestirse.

Antes de entregarle la prescripción que tenía en la mano, Claude miró a su cliente. Un magnífico traje gris, de excelente tejido tropical, cubría ahora el cuerpo que él había recorrido detenidamente, buscando las profundas raíces de aquel mal que aterrorizaba al inglés, Aquel mal que hubiese aterrorizado a cualquiera.

¡La lepra!

Duprés había visto muchos leprosos y su profesión le hizo habituarse, muy lentamente, eso es cierto, al repugnante espectáculo de las llagas, de los rostros leoninos y de esas misteriosas faltas de sensibilidad, que eran una de las más espeluznantes pruebas de la enfermedad.

Harry Coller le miraba sonriente. Habían bastado unas palabras para que el británico renaciese materialmente; una corta frase anodina para que el terror, el miedo y la angustia se evaporasen como esas perniciosas brumas de las regiones pantanosas. El inglés había vuelto a la vida y respiraba ahora normalmente; el sudor había desaparecido de su frente y sus pupilas volvían a brillar con ese ansia animal de existir que nos impele a todos.

—¿Cuánto le debo, doctor?

—Quinientos francos.

Sacó el otro un billete de mil, de entre un denso montón de iguales, sonriendo con aquella insufrible superioridad cuando Claude le dijo que no tenía cambio.

—Es igual, guárdese el resto.

* * *

Una travesía, a pesar de todo lo que intenta separarnos de ella: fiestas a bordo, amistades rápidamente anudadas y otras muchas cosas

más, no deja de ser una ocasión única para los recuerdos. Desagradables o agradables, surgen con una fuerza inusitada, sobre todo cuando lo que acabamos de abandonar ha ocupado un extenso lapso de nuestra existencia.

Así le ocurría a Coller.

Fuera de las horas de diversión y de los innumerables “flirts”, a los que su fama le obligaba implacablemente, los recuerdos penetraban en su conciencia en cualquier instante, haciéndole sonreír de satisfacción o enarcar el ceño, al tiempo que el miedo volvía a reaparecer.

Diez largos años en Oriente era mucho tiempo. Diez años de negocios prósperos, que se desarrollaban sin solicitar apenas su tiempo, le habían permitido gozar, a su guisa, de muchos meses de crucero en su “yatch” particular, y dejar sentado en todas aquellas islas paradisíacas su conocida fama de Don Juan.

Era un placer recordarlas, en lo posible, a todas, cosa ciertamente difícil. También era verdad que Coller dejó, en muchos sitios, más lágrimas y desesperación que buenos recuerdos. Pero, después de todo, las leyes del amor eran así y no las había hecho él.

Siempre impecablemente vestido, con la cartera abultada por los billetes, las puertas se abrieron con facilidad ante él y no hubo dificultades, obstáculos ni cortapisas que lograsen detenerle en ninguna ocasión. ¡Y había habido serías dificultades! De todos los órdenes, de todas clases; pero, sobre todo, la última, la que le obligó a correr a la consulta del doctor Duprés, temblando de pánico y provisionalmente arrepentido de todo lo que había hecho.

¡Ei imbécil de Charles!

Ahora lo recordaba todo con una precisión extraordinaria, como si lo estuviese viviendo de nuevo. En aquella lejana isla, a la que llegó con su “yatch” una límpida mañana, no había más que un blanco: Charles “le vieux”, como le llamaban los indígenas.

En realidad, Charles no era viejo; apenas si tenía treinta y cinco años; pero una vida intensa de trabajo —controlaba la producción de coco de la isla, en cuyas tareas de recolección tomaba parte activa—, le había hecho envejecer prematuramente. También era verdad que Charles era un hombre entrañablemente querido por los nativos, que lo consideraban poco menos como a su propio rey.

Aquel hombre blanco le había recibido con una hospitalidad extraordinaria, cosa que demostró a Coller que no conocía su temida fama. Porque, dando pruebas de una sencillez extraña —Harry lo consideraba como una estupidez gigantesca —el francés le había presentado a su novia, una muchacha nativa con la que estaba dispuesto a contraer matrimonio.

¡Tasira!

Hubiera sido poco menos que imposible describir a Tasira. Toda la misteriosa belleza de su raza, aquilatada en ella, como si fuese su más genuina representación, brotaba de cada detalle, en un conjunto que aquel día en que la vio por primera vez, le hizo palidecer de emoción.

¿Cómo podía Tasira escapar a un hombre como Harry Coller?

Era maravilloso recordar ahora, acodado en la cubierta del buque, aquella formidable batalla, librada con toda especie de astucia, ante las mismas narices de Charles y sin que éste se apercibiese de nada. ¿O lo había notado? Después de todo, “le vieux” no les había molestado mucho. Requerido por el trabajo, intenso precisamente en aquella época, dejó en libertad a un Coller que se lanzó de lleno a su maquiavélica conquista. Si las cosas se complicaron después fue con toda seguridad porque Charles “olió algo” y quiso jugar una baza maestra, desconociendo la calidad de su enemigo.

Aquel día se hallaban los dos juntos, sentados en la mesa donde, por vez primera, faltaba la maravillosa beldad de Tasira.

—¿Dónde está su prometida? —preguntó Coller ingenuamente.

Charles, que comía en silencio, levantó la cabeza, sin mirar directamente al invitado. Sus ojos parecían contemplar algo lejano, impreciso y seguramente invisible.

—No deseo comprender lo ocurrido —repuso con voz sorda—. Tasira representaba demasiado para mí y me resisto a creer que esa desgracia horrible se haya cebado, precisamente, en ella.

Coller no comprendía las palabras del otro, pero esperó, sin atreverse a interrumpirle, a que prosiguiese aquella especie de vago soliloquio.

—Sé que desea usted a Tasira, Coller, y que todo este tiempo la ha perseguido sin descanso. Si las cosas no hubiesen tomado el horrible camino por el que han desembocado… ¡le hubiera matado, perro inglés! Pero, tan cierto como estamos viendo la luz, que preferiría saber a Tasira en sus sucios brazos antes de…

A Harry le impresionaron aquellas misteriosas palabras.

—¿Qué le ha ocurrido? —inquirió angustiosamente.

—Se ha ido. Lejos… muy lejos, a una islita llamada Tubegui, de donde no saldrá jamás.

—Pero… ¿por qué?

Charles le miró fijamente. Luego, con palabras lentas y un indefinible tono en la voz:

—Tasira ha sido conquistada por un amante más absolutista que nosotros dos, Coller. Un amante que no deja jamás sus presas… la lepra.

Momentáneamente Harry sintió que sus cabellos se erizaban y que un temblor horrible se apoderaba de él. Pero casi en seguida, su “astucia”, su “mundología” y sus muchas aventuras, le hicieron descubrir la trampa…

¡Se creía listo aquel estúpido francés! Era una elegante manera de alejar a Tasira. poniendo entre ellos la absurda barrera de una dolencia que no era posible que cayese sobre algo tan perfecto y maravilloso como aquella criatura.

Seis días después, el elegante “yatch” de Coller fondeaba en la minúscula bahía de Tubegui.

Con una voluntad de triunfo que nada podía detener, Coller consiguió lo que deseaba. De todas formas, la muchacha debía haberse convencido plenamente de la historia urdida por su “prometido”. Diez semanas más tarde, como de costumbre, Coller se había saciado de amor y caricias y abandonó a Tasira en aquella minúscula islita del Pacífico.

Pero su “humor” británico no se había saciado y por eso envió

aquel divertido y burlón telegrama a Charles:

“Durante diez últimas semanas he aplicado maravilloso tratamiento a Tasira. Stop. Completamente curada, stop. Puede comprobarlo. stop. Saludos. Harry Coller.”

Cierto tiempo después apareció aquel absurdo miedo que le había conducido directamente a la clínica del doctor Duprés y, al mismo tiempo, le había hecho pensar resueltamente que ya estaba cansado del Oriente. Necesitaba volver a Londres, donde su dinero, su apuesta silueta y su fama podrían abrir otro capítulo estupendo a su vida.

* * *

Indudablemente hay pequeños detalles que juegan en la vida un papel mucho más importante que los más resaltados acontecimientos.

Para Coller, el hallarse cansado aquella tarde, en el salón de uno de los más elegantes “clubs” londinenses y el haberse acercado a la mesa donde se amontonaban toda clase de periódicos, constituyó un hito decisivo en su cómoda y donjuanesca existencia.

¿Por qué diablos recorrió tan detenidamente las páginas de aqueja revista francesa que tenía una fecha atrasada de cerca de un año?

Jamás hubiera podido explicar aquella absurda decisión. Pero, luego, mucho más tarde, se percató de que pese a todas nuestras argucias, a las trampas con, que intentamos vanamente engañarle, el destino trabaja en silencio, callado, horadando nuestras vidas como un traidor topo que surge, inesperadamente, en el momento en que menos se le espera.

La noticia, en una de las últimas páginas, ocupaba apenas un pequeño e insignificante recuadro. Quizá fuese el titulo, en negritas, lo que le llamó la atención.

“*Un extraño crimen en una isla del Pacífico*

”La policía de Tahití sigue investigando los misteriosos motivos que

impelieron a un colono, llamado Charles Duprés, a asesinar salvajemente a una pobre nativa que se había refugiado en una islita, aterrorizada al saberse leprosa. Charles, conocido por el apodo de “le vieux”, desapareció un día de su colonia, desembarcando, en una lancha indígena, en Tubegui, el lugar donde se hallaba refugiada la nativa, agrediéndola bárbaramente hasta acabar con su vida. Luego, en un seguro rasgo de demencia, atentó contra su propia vida, salvándose milagrosamente, no sin perder la vista, ya que al dispararse un tiro en la cabeza, destruyó les nervios ópticos.

”Su hermano, el doctor Claude Duprés, se ocupa del herido y ha manifestado a la policía desconocer por completo los motivos de la trágica decisión de Charles. El asunto está siendo muy comentado entre los colonos.”

Harry quedó paralizado, sintiendo que su corazón se negaba a seguir latiendo, amenazando acabar con su vida en pocos instantes.

¿Así que aquel maldito doctor era el hermano de Charles?... ¿Sabida ya algo cuando Coller fue a verle?

Todo, absolutamente todo, dependía de aquel insignificante detalle. Si el médico ignoraba entonces lo de Charles y lo de Tasira, el diagnóstico que le había hecho sería la verdad, y la lepra no le atacaría...

Pero si Claude conocía la tragedia de su hermano y todo lo que su cliente británico había hecho con Tasira... ¡le había mentido, proporcionándole falsas esperanzas para que el mal se desarrollase más profundamente en su cuerpo, convirtiéndose en un incurable!...

* * *

El miedo fue cediendo lentamente...

Dos meses más tarde Coller volvía a ser el maravilloso ejemplar masculino de siempre, admirado y requerido por las damas de la alta sociedad londinense, codeándose con las primeras figuras del reino y prosiguiendo sus conquistas a una cadencia cada vez más volcánica.

Había adelgazado durante aquellos dos meses de suplicios, y su silueta ganó en presencia, aumentando la admiración que el sexo débil sentía por él. El cerco oscuro que rodeaba ahora sus ojos le prestaba un aspecto más misterioso, más interesante...

Fue entonces cuando encontró a Nora.

Aquel amor duró cerca de dos años y Harry no se sintió nunca tan feliz como por entonces. Estaba ya "curado de espanto" y los personajes que llegaron, en una ocasión a amargarle la vida: Charles, Claude y Tasira, desaparecieron para siempre bajo la densa capa del olvido.

Una noche, en el elegante "boudoir" de Nora, bebía y fumaba, contemplando con ojos expertos la belleza insuperable de aquella mujer a la que había conquistado sin demasiada dificultad. Hacía tiempo que Coller fumaba habanos, especialmente fabricados para él y ahora tenía uno de ellos entre el índice y el corazón de su mano izquierda, lanzando, de vez en cuando, una azulada columna de humo que se enroscaba perezosamente entre la cristalería compleja de la lámpara que pendía del techo.

Un poco más tarde, Nora, repentinamente pálida, lanzó un grito de horror.

—¿Qué te ocurre, querida? —inquirió él alarmado.

Ella le señaló, al tiempo que retrocedía hacia la puerta de la habitación:

—¡Te estás quemando los dedos, Harry!...

Aterrado, miró a su mano. El fuego del cigarro puro consumía la carne de sus dedos, sin que él sintiese la menor molestia. Un nauseabundo olor a carne quemada invadía lentamente la estancia.

Coller miró con horror su mutilada mano, sintiendo que la verdad más horrible se hacía en su mente:

¡La lepra le había invadido definitivamente, haciendo desaparecer la sensibilidad de su piel!

¡Charles Duprés había dicho la verdad!

FIN

¡GUERRAS, ODIOS Y RENCORES DOMINAN A LA TIERRA!

¡COMO UN MENSAJERO DE PAZ Y AMISTAD, LOS HUMANOS LANZAN UNA...

FLECHA AL CENIT

¿ALCANZARÁ SU OBJETIVO?

¡UN RELATO VIOLENTO Y FANTÁSTICO! QUE LE OFRECERÁ:

S. S. KENT

EN EL PRÓXIMO NÚMERO.

[1] Los resultados de estas experiencias son científicamente exactos. Las materias orgánicas tratadas con el frío artificial, adquieren la fragilidad del cristal. (Nota del Editor.)